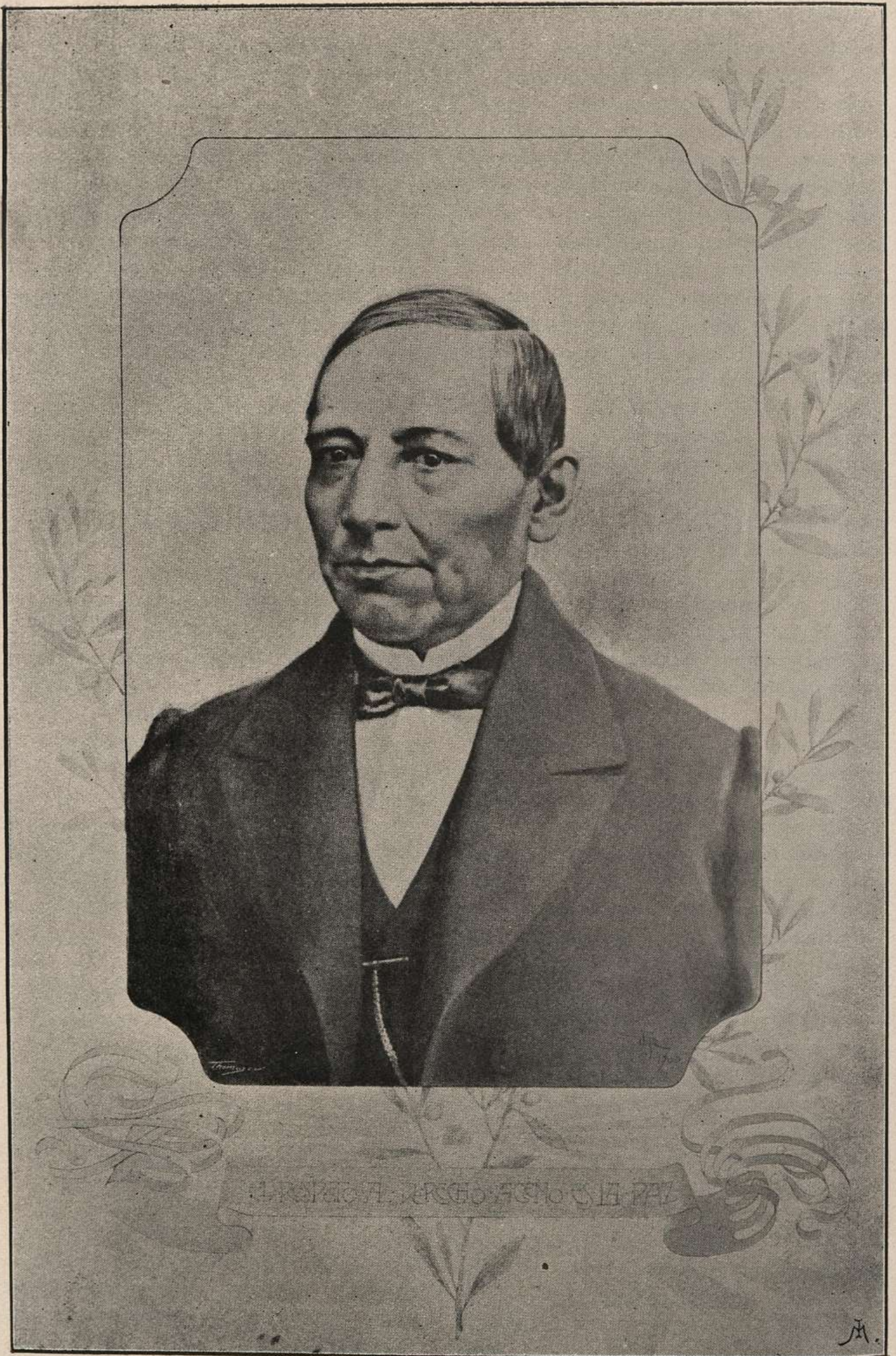


Centenario del Benemérito Benito Juárez



21 DE MARZO DE 1906.







MARZO DE 1906.

# REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

## REFLEXIONES PREVIAS

(De la reciente obra de D. Justo Sierra: "Juárez: su obra y su tiempo." Edición Ballescá)

El profundo interés de estudios históricos del género de éste, que con gran temor abordo hoy, y que probablemente tendré que rehacer en lo que de vida me quede, para acercarlo sin cesar á la verdad, consiste en su carácter psicológico.

El desenvolvimiento de una alma primitiva, que tiene por núcleo un carácter, que recibe color de los acontecimientos, y tiende á reobrar sobre ellos, y con ellos se complica y transforma á su vez en acontecimiento determinante de series de sucesos, cuya vibración se propaga indefinidamente en el tiempo, es un supremo espectáculo; no sé si hay otro igual para el espíritu; equivale al de la creación de un mundo, al del descubrimiento de una verdad fundamental. Es más interesante porque encierra más drama, porque apasiona más, porque intensifica más la vida.

Pues si este drama toma las proporciones de una revolución histórica, si llega á servir de medida á la cantidad de influencia que puede la historia de un grupo hu-

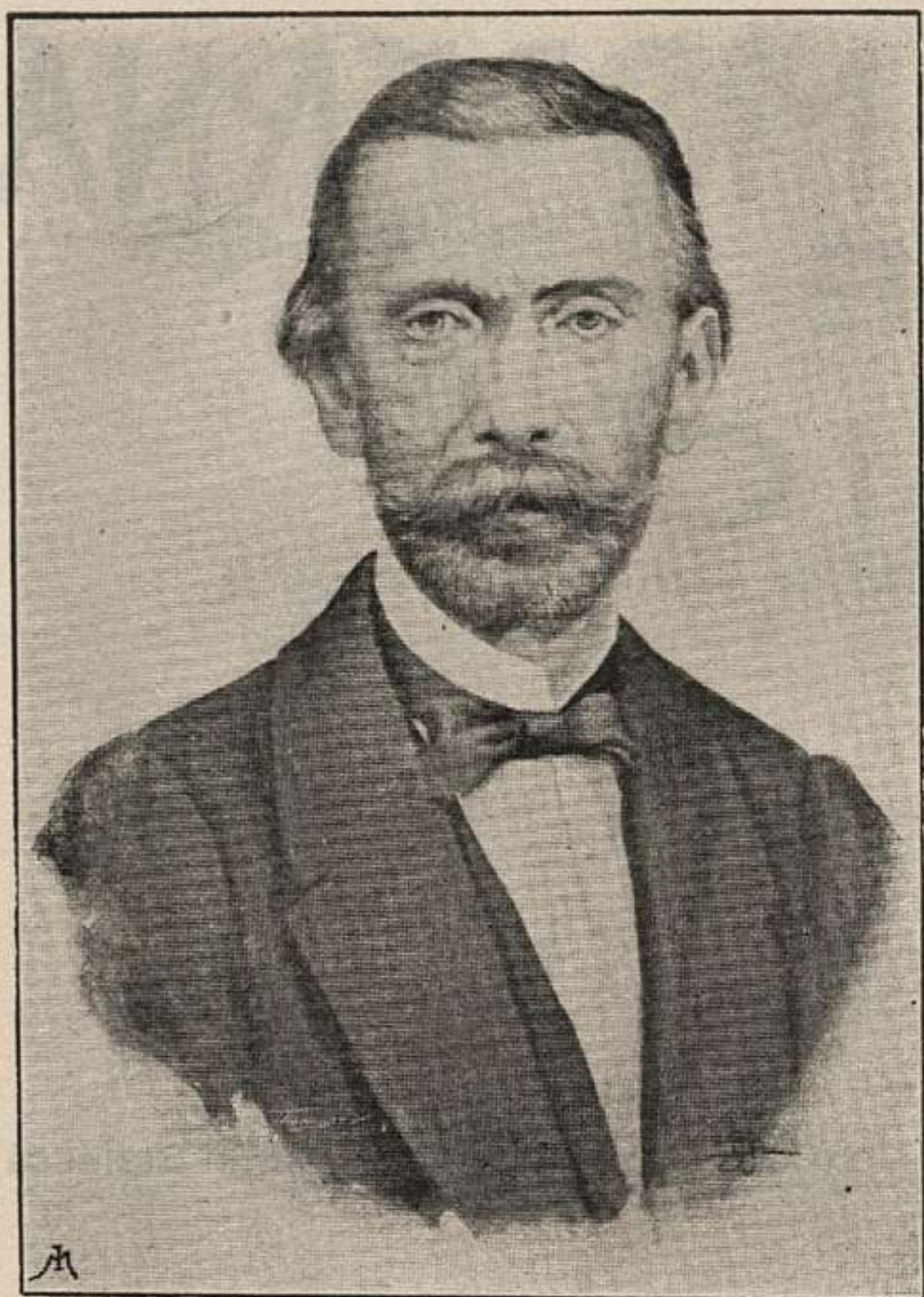
mano tener en la de la humanidad, entonces resulta para el contemplador algo sorprendente y único.

Tal es, lo digo ingenuamente, sin intención ni de formar ninguna convicción, ni



Gral. D. Mariano Arista.





D. León Guzmán.

de exaltar ningún entusiasmo, ni de anatematizar ningún odio, la impresión que me ha producido siempre la vida de Juárez.

\* \* \*

Ignacio Altamirano, el maestro de la generación á que pertenezco y que declina ya, refería cómo, durante la revolución de Ayutla, había aparecido, en el séquito del viejo General Don Juan Alvarez, un personaje insignificante, una especie de cura de indios, decía Altamirano, cabalgando sin un solo movimiento de impaciencia ó cansancio, en una mula habituada á las asperezas y dobleces de la montaña interminable que separa la costa de Chilpancingo y Cuernavaca. Aquel señor, que frecuentemente hablaba con el General, y á quien éste guardaba muchas consideraciones, era el «LICENCIADO JUÁREZ,»

decía el anciano cacique respondiendo á las preguntas de su Secretario — «un excelente liberal desterrado por Santa Anna á los Estados Unidos, y que ha sido el mejor Gobernador que los oaxaqueños han tenido; lo aprecio y lo respeto mucho.»— Altamirano, indio también, pero ni impasible, ni sereno, ni mudo como el licenciado zapoteca, sino todo lo contrario, veía desde entonces con veneración é interés, aunque sin simpatía (nunca se la tuvo), á aquel hombre de tanto mérito y de tan pocas palabras para él, el exuberante; muy poco tiempo después, el licenciado se encargaba, en Cuernavaca, del Ministerio de Justicia de la revolución triunfante. La Secretaría de Justicia y Negocios Eclesiásticos, bastante anodina hasta entonces, tornóse en manos de Juárez en el más importante de los Ministerios, fué el Ministerio Político por excelencia, fué el de la supresión de los privilegios de las clases eclesiásticas y militares; fué, bajo una fórmula sencilla, el encargado de definir *la revolución*, el que la convirtió en la *reforma*.



Gral. D. Santos Degollado.





D. Melchor Ocampo.

Juárez, como la inmensa mayoría de los liberales de su tiempo (y éste podía parecer el elemento irreductible de su alma, que en esto se identificaba con su raza), era un hombre de espíritu profundamente religioso; su religión era, inútil decirlo, la católica; en ella, y bajo la forma de superstición, propia de su raza sometida y callada, había nacido; en esa forma había podido la religión conquistadora penetrar en cada alma indígena, y arrojar de ella la creencia vieja, como arrojaban los misioneros al ídolo de la cima del *Teocalli*, manteniendo el prestigio del santuario derruido con sólo reemplazar con otro símbolo la deidad hecha pedazos, y, en apariencia, muerta. Su educación acabó de cerrar su horizonte con la eterna decoración de todo despertar de alma en aquella época: contornos de iglesias vetustas, de macizos conventos, de pirámides, de libros de teología, de siluetas de santos, de perfiles de doctores; todo lo que interceptaba la luz directa y aglomeraba en

los intelectos masas frías de sombra y de noche.

Esto no es pura retórica, es la impresión traducida en idioma plástico de una realidad positiva; los libros que se ponían en manos de los seminaristas, no contenían más que proposiciones probadas por la autoridad de los padres de la Iglesia ó comprobadas por las sutilezas de la lógica escolástica; el mundo real, las leyes del mundo real, en la enseñanza de entonces, estaban subordinadas á verdades puramente subjetivas, que se transmitían por infinitos ejercicios de memoria al espíritu, y se resolvía, á la primera dificultad seria, por medio de inobjetables proposiciones de fe. Todo esto convertía la educación en un mecanismo comprimente, que atrofiaba las energías psíquicas intelectuales, y sólo dejaba campo á la emoción, al sentimiento. El miedo al infierno, ó la aspiración al paraíso, ó la admiración por los santos, ó el temor de los males de la vida, distribuidos á su arbitrio por la Providencia, llevaban de la mano al joven á las prácticas piado-



D. Ponciano Arriaga.





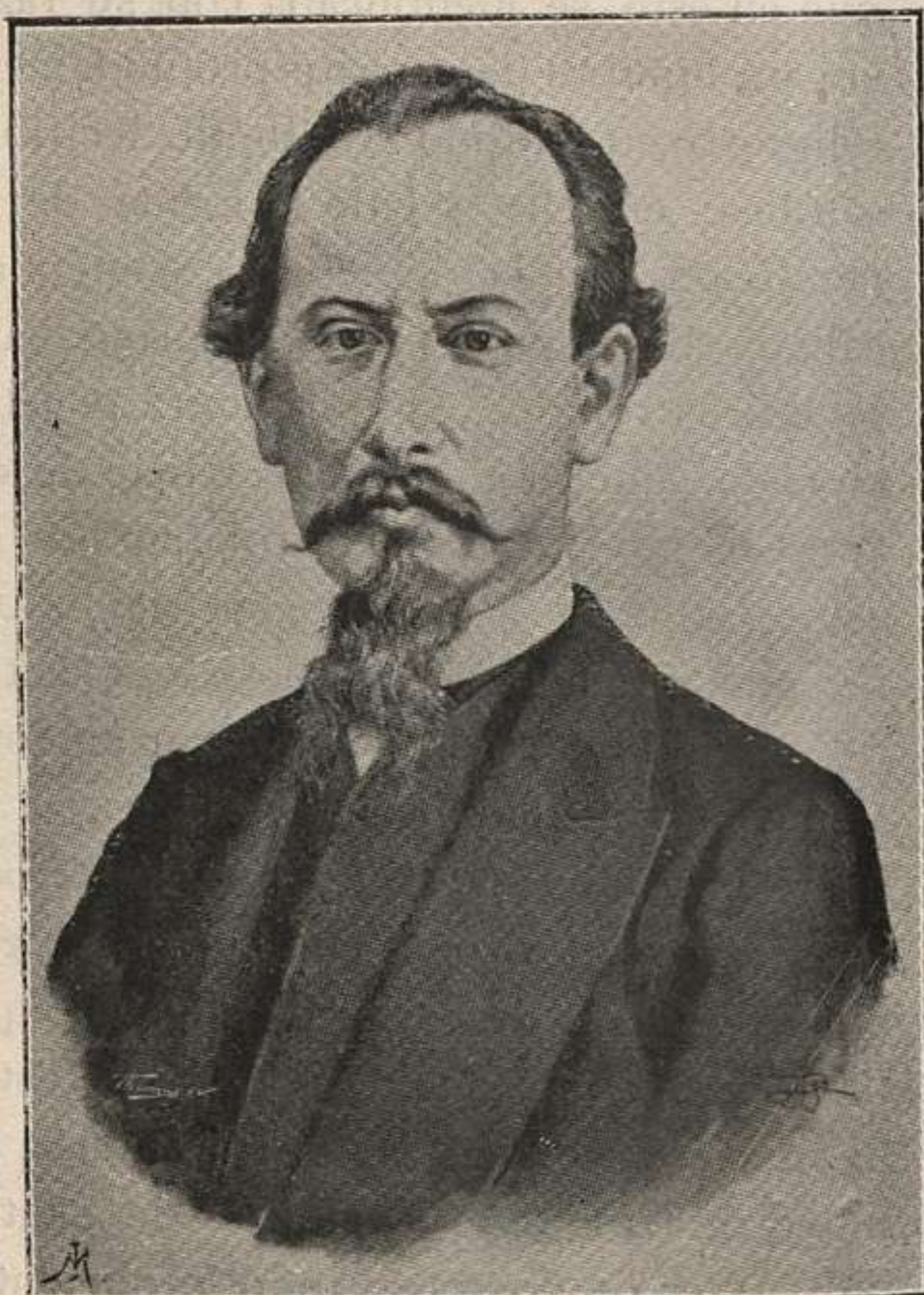
Gral. D. Luis Osollos.

sas, á los ritos solemnes y pomposos, que pronto el hábito y la repetición inexpresiva y fría volvían monótonos, insignificantes, somnolentes, sólo propicios al escape de alma por las regiones imprecisas del ensueño.....

Juárez entró en la vida pública en la época de la primera conmoción reformista que llegó al período álgido por los años de 32 y 33 del pasado siglo; los hombres de pensamiento ó de acción tenían que afiliarse en uno de los bandos contendientes; se trataba de una tentativa seria de transformación social; se emprendía asegurar definitivamente la supremacía de la autoridad civil en la República, condición precisa de la reorganización nacional. Los abogados, en su mayoría, se agruparon en torno de la bandera *laica*, sobre todo, los jóvenes, los que se formaban ó acababan de formarse en los Institutos de los Estados, ó sorda ó resueltamente rivales de los Seminarios conciliares que, establecidos conforme á las prescripciones tredentinas

(por eso se llamaban conciliares), habían entrado en auge desde la expulsión de los jesuitas. Así era en Oaxaca.

Cuando nosotros, los hombres de las transacciones políticas infinitas, y no siempre confesables y nunca gloriosas, nos volvemos frecuentemente llenos de pedantesca suficiencia contra nuestros antepasados, y convirtiendo en armas nuestra ciencia libresca y lo que, gracias á ellos, nos enseña la historia, pronunciamos sentencia de muerte y anatemas contra su obra (procedimiento que la verdadera ciencia histórica rechaza hoy con todos sus conatos), haríamos bien en meditar sobre el estado social en que estos hombres encontraron al país, en lo que, siendo una pequeña minoría, tuvieron que derrumbar de creencias, de preocupaciones, de hábitos, de supersticiones, de falsas doctrinas que parecían verdades incontrovertibles, porque en determinado momento lo habían sido; haríamos bien en aquilatar el doble trabajo titánico de abrir paso dentro de su



Gral D. Miguel Miramón.





D. Ignacio Zaragoza.

propio espíritu al propósito de rechazar toda tutela que no fuese la de la razón, y de escombrar y volver llano el camino en la sociedad, el camino agrio y escabroso que hoy recorremos sin esfuerzo; entonces nos parecerían todas nuestras gárrulas fra-

ses, vestidos arlequinescos con armazones de carrizo; todas nuestras enfáticas sentencias, cómicamente graves.

De todo ello, la posteridad no recogerá sino un poco de papel, y un poco de tristeza, porque nos comparará y nos hallará pequeños al lado de los fundadores, de los iniciadores, de los batalladores, de los realizadores de la transformación social de México.

Lo que nunca querrá decir que, convencidos de que es injusto y necio empinarlos sobre nuestra ventaja de ser posteriores á ellos para imputarles los errores como faltas y sindicarlos de criminales, prescindamos de examinar, de analizar, de depurar sus actos, para explicárnoslos mejor, para darnos cuenta de nuestro respeto, y admirar los caracteres y los intelectos: ó prodigios del genio ó milagros de la voluntad pocas veces unidos en dosis equivalentes.

No idólatras, ni iconoclastas. Hombres libres, pero hombres de gratitud, hombres de patria. Este debe ser nuestro programa, éste es.

JUSTO SIERRA.







## LA RAZA DE BRONCE

Leyenda heroica dicha el 18 de Julio de 1902, en la Cámara de Diputados,  
EN HONOR DE JUÁREZ.

### I

Señor, deja que diga la gloria de tu raza,  
La gloria de los hombres de bronce cuya maza  
Melló de tantos yelmos y escudos la osadía.  
Oh *caballeros tigres!* oh *caballeros leones!*  
Oh *caballeros águilas!* os traigo mis canciones;  
Oh enorme raza muerta, te traigo mi elegía!

### II

Aquella tarde, en el Poniente agosto,  
El crepúsculo audaz era una pira  
Como de algún atrida ó de algún justo;  
Llamarada de luz ó de mentira  
Que incendiaba el espació, y parecía  
Que el sol, al estrellar sobre la cumbre  
Su mole vibradora de centellas,  
Se trocaba en mil átomos de lumbre,  
Y esos átomos eran las estrellas!

Yo estaba solo en la quietud divina  
Del Valle. Solo? no! La estatua fiera  
Del héroe Cuauhtémoc, la que culmina  
Disparando su dardo á la pradera,  
Bajo el palio de pompa vespertina,  
Era mi hermana y mi custodio era.

Cuando vino la noche misteriosa,  
Jardín azul de margaritas de oro,

Y calló todo ser y todacosa,  
Cuatro sombras llegaron á mí en coro;  
Cuando vino la noche misteriosa,  
Jardín azul de margaritas de oro!

Llevaban una túnica esplendente  
Y eran tan luminosamente bellas  
Sus carnes y tan fúlgida su frente,  
Que prolongaban para mí el Poniente  
Y eclipsaban la luz de las estrellas.

Eran cuatro fantasmas, todos hechos  
De firmeza, y los cuatro eran colosos  
Y fingían estatuas, y sus pechos  
Radiaban como bronces luminosos.

Y los cuatro entonaron almo coro;  
Callaba todo ser y toda cosa,  
Y arriba era la noche misteriosa  
Jardín azul de margaritas de oro. . . . !



## III

Ante aquella visión que asusta y pasma,  
Yo, como Hamlet, mi doliente hermano,  
Tuve valor é interrogué al fantasma;  
Mas mi espada temblaba entre mi mano.

—Quién sois vosotros, exclamé, que en presto  
Giro bajáis al Valle mexicano?  
Tuve valor para decirles esto;  
Mas mi espada temblaba entre mi mano.

—Qué abismo os engendró! de qué funesto  
Limbo surgís, sois seres, humo vano?  
Tuve valor para decirles esto;  
Mas mi espada temblaba entre mi mano.

—Responded, continué, miradme enhiesto  
Y altivo y burlador ante el arcano!  
Tuve valor para decirles esto;  
Mas mi espada temblaba entre mi mano. . . .!

## IV

Y un espectro de aquellos, con asombros  
Ví que vino hacia mí, lento y sin ira,  
Y llevaba una piel sobre los hombros  
Y en las pálidas manos una lira;  
Y me dijo con voces resonantes  
Y en una lengua rítmica que entonces  
Comprendí:—Que quién somos? Los gigantes  
De una raza magnífica de bronces.

Yo me llamé Netzahualcoyotl y era  
Rey de Texcoco; tras de lid artera  
Fuí despojado de mi reino un día,  
Y en las selvas erré como alimaña,  
Y el barranco y la cueva y la montaña  
Me enseñaron su augusta poesía.

Torné después á mi sitial de plumas  
Y fuí sabio y fuí bueno; entre las brumas  
Del paganismo adiviné al Dios Santo,  
Le erigí una pirámide, y en ella,  
Siempre al fulgor de la primera estrella  
Y al són del *huehuettl* le elevé mi canto.



## V

Y otro espectro acercóse, en su derecha  
Llevaba una *macana* y una fina  
Saeta en su carcaje, de ónix hecha;  
Coronaban su testa plumas bellas,  
Y me dijo:—Yo soy Ilhuicamina,  
Sagitario del éter, y mi flecha  
Traspasa el corazón de las estrellas.

Yo hice grande la raza de los lagos,  
Yo llevé la conquista y los estragos  
A vastas tierras de la patria andina,  
Y al tornar de mis bélicas porfías  
Traje pieles de tigre, pedrerías  
Y oro en polvo. . . . Yo soy Ilhuicamina!

## VI

Y otro espectro me dijo:—En nuestros cielos  
Las águilas y yo fuimos gemelos;  
Soy Cuauhtémoc! Luchando sin desmayo  
Caí. . . . porque Dios quiso que cayera!  
Mas caí como el águila altanera,  
Viendo al sol y apedreada por el rayo!

El español martirizó mi planta  
Sin lograr arrancar de mi garganta  
Ni un grito, y cuando el rey mi compañero  
Temblaba entre las llamas del bracero:  
—Estoy yo por ventura en un deleite?  
Le dije, y continué, sañudo y fiero,  
Mirando hervir mis pies en el aceite. . . .

## VII

Y el fantasma postrer llegó á mi lado:  
No venía del fondo del pasado  
Como los otros; mas del bronce mismo  
Era su pecho y en sus negros ojos  
Fulguraba en vez de ímpetus y arrojos  
La tranquila frialdad del heroísmo.

Y parecióme que aquel hombre era  
Serenos como el cielo en primavera  
Y glacial como cima que acoraza  
La nieve, y que su sino fué en la historia

Tender puentes de bronce entre la gloria  
De la raza de ayer y nuestra raza!

Miróme con su límpida mirada  
Y yo le ví sin preguntarle nada!  
Todo estaba en su enorme frente escrito:  
La hermosa obstinación de los castores,  
La paciencia divina de las flores  
Y la heroica dureza del granito. . . .  
Eras tú, mi Señor, tú que soñando  
Estás en el panteón de San Fernando  
Bajo el dórico abrigo en que reposas;  
Eras tú que en tu sueño peregrino



Ves marchar á la Patria en su camino,  
Rimando risas y regando rosas!

Eras tú, y á tus pies cayendo al verte:  
—Padre, te murmuré, quiero ser fuerte,  
Dame tu fe, tu obstinación extraña!  
Quiero ser como tú, firme y sereno;  
Quiero ser como tú, paciente y bueno;

Quiero ser como tú, nieve y montaña!  
Soy una chispa: enséñame á ser lumbre!  
Soy un guijarro: enséñame á ser cumbre!  
Soy una linfa: enséñame á ser río!  
Soy un harapo: enséñame á ser gala!  
Soy una pluma: enséñame á ser ala,  
Y que Dios te bendiga, padre mío!

## VIII

Y hablaron tus labios, tus labios benditos.  
Y así respondieron á todos mis gritos,  
A todas mis ansias:—«No hay nada pequeño,  
Ni el mar ni el guijarro, ni el sol ni la rosa,  
Con tal de que el sueño, visión misteriosa,  
Le preste sus nimbos, y tú eres el Sueño!»

Amar, eso es todo! querer, todo es eso!  
Los mundos brotaron al eco de un beso,  
Y un beso es el astro y un beso es el rayo  
Y un beso la tarde y un beso la aurora  
Y un beso los trinos del ave canora  
Que glosa las fiestas divinas de Mayo!»

«Yo quise á la Patria por débil y mustia,  
La Patria me quiso con toda su angustia  
Y entonces nos dimos los dos un gran beso:  
Los besos de amores son siempre fecundos,  
Un beso de amores ha creado los mundos,  
Amar. . . . eso es todo! querer. . . . todo es eso!»

Así me dijeron tus labios benditos;  
Así respondieron á todos mis gritos,  
A todas mis ansias y eternos anhelos.  
Después los fantasmas volaron en coro,  
Y arriba los astros, poetas de oro,  
Pulsaban la lira de azur de los cielos!

## IX

Mas al irte, Señor, hacia el ribazo  
Donde moran las sombras, un gran lazo  
Dejabas, que te unía con los tuyos,  
Un lazo entre la tierra y el arcano,  
Y ese lazo era otro indio: Altamirano,  
Bronce también; mas bronce con arrullos!



Nos le diste en herencia, y luego, Juárez,  
Te arropaste en las noches tutelares  
Con tus amigos pálidos; entonces,  
Comprendiendo lo eterno de tu ausencia,  
Repitieron mi labio y mi conciencia:  
—Señor, alma de luz, cuerpo de bronce,  
Soy una chispa: enséñame á ser lumbré!  
Soy un guijarro: enséñame á ser cumbre!  
Soy una linfa: enséñame á ser río!  
Soy un harapo: enséñame á ser gala!  
Soy una pluma: enséñame á ser ala,  
Y que Dios te bendiga, Padre mio!

Tú escuchaste mi grito, sonreíste  
Y en la sombra infinita te perdiste  
Cantando con los otros almo coro.

Callaba todo ser y toda cosa,  
Y arriba era la noche misteriosa,  
Jardín azul de margaritas de oro. . . .

AMADO NERVO.







Gral. D. Ignacio Comonfort.—Gral. D. Sóstenes Rocha.—Gral. D. Juan Alvarez.  
Gral. D. Leandro Valle.—Gral. D. Ramón Corona.—Gral. D. Jesús González Ortega.





## DISCURSO

Pronunciado por el Sr. Lic. Jesús Urueta en la Velada organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en honor de Juárez, la noche del 18 de Julio de 1901 en el Teatro del Renacimiento.

No vestiré mi discurso con los luegos ropajes luctuosos de las graves oraciones fúnebres; esta fecha no es una fecha de duelo colectivo, sino de universal regocijo; el 18 de Julio no es el día de la muerte, es, señores, el día de la resurrección. Que resuenen en los aires los himnos favoritos de la patria, y desparramen todas sus flores los vergeles; que los jóvenes dancen al són de las músicas sagradas, y los enjambres canoros de la poesía palpi-ten y vuelen como abejas de oro; que todos los corazones se fundan al calor de un mismo entusiasmo, y un inmenso grito de júbilo suba al cielo anunciando los festivales de un pueblo! El versículo de la Sulamita es enteramente cierto; el amor triunfa de la muerte. Benito Juárez no está bajo su lápida mortuoria convertido en ceniza; está dentro de nuestras almas convertido en idea, en sentimiento, en aspiración. Cariño á la patria, deseo de libertad, sacrificios por el deber,

luchas contra el mal, recuerdos de dolor y de gloria, ideales también de dolor y de gloria, todo eso es Juárez. ¡Sublime transfiguración del hombre! Pudo el pueblo engañado por el golpe brusco y por el poder alucinante de la realidad, llorar un día sus más amargas lágrimas, ver ennegrecido por fatídicas nubes el porvenir, y en torno del pabellón cresponado maldecir al cielo y clamar á los infiernos! Juárez, en su ataúd, descansaba. Se le creía muerto. Allí acudieron sus discípulos de patriotismo y de infortunio, y en vez de sentir la dolorosa agonía de la esperanza, sintieron brotar en sus almas una esperanza nueva. . . . Entonces fué cuando Guillermo Prieto, infundiendo en la frase toda la fuerza vital de su infinito anhelo, gritaba: "¡De pie, señor, de pie!" y á ese grito poderoso como un conjuro, se hizo el milagro: el muerto sacudió el sudario, y se puso de pie en la conciencia nacional!





D. Miguel Lerdo de Tejada.

\*  
\* \*

De los combatientes de vanguardia muy pocos quedan, y pronto abandonarán el puesto de honor. Pueden caer, no importa! El hombre, al morir, retoña en su descendencia, y sus obras no se pierden en la incesante elaboración de la historia. Bazaine proviene de los grandes traidores, y Gambetta de los grandes defensores; Esquilo y Cervantes tienen la misma filiación gloriosa de héroes poetas, y en los anales de nuestro mundo, siempre que el espíritu humano ha estado en peligro de muerte, se han repetido las salvadoras epopeyas de Maratón y Salamina. El hombre dura mientras dura su esfuerzo, por eso son inmortales los que trabajan por la libertad. Las naciones deben sus energías más á los muertos que á los vivos. El polvo que piensa no vuelve al polvo. La

idea es fuerza de incalculables resultados: penetra, se difunde, se transforma eternamente, es el espíritu de que habla Goethe, "tejiendo en los talleres del tiempo el ropaje viviente de la divinidad." Toda palabra fecundiza, toda predicación deja su semen en el surco. Los libros de los enciclopedistas se convirtieron en la sangre de la revolución burguesa; los libros de los pensadores modernos serán la sangre de la revolución obrera. Renán dice bien cuando dice: "puede la iglesia anatematizar á Voltaire, puede la influenciada y temerosa mano de la madre quitarlo de tu biblioteca... de ti no lo arrancarán jamás, porque Voltaire eres tú mismo!" La idea en actividad atraviesa la historia en una serie de encarnaciones diversas: Hidalgo, con el tiempo se llamará Juárez; el Pensador Mexicano aparecerá un día en la Academia de Letrán con las facciones cobrizas del Nigromante, y la mirada de lumbre de Morelos fulgurará de nuevo en los anteojos del general Zaragoza! La historia es una pasión, porque es una pasión la vida: grandioso combate perdurable en que las verdades y las bellezas y las virtudes, se conquistan en hecatombes inmensas, que marcan con su rastro de dolor y de sangre, el lento itinerario humano!

Es creencia comunísima, que no tenemos en nuestros anales patrios un solo hecho de universal trascendencia, que nuestros martirios y nuestros triunfos, son triunfos y martirios puramente nacionales. La revolución francesa, se dice, es un hecho universal; la Reforma mexicana es un hecho local. No comprendo la historia con tan mezquina filosofía. El progreso no se mutila. Todo está encadenado, todo tiene su ley. El movimiento de



un astro coopera á la armonía del universo; el movimiento de un pueblo coopera á la armonía de la humanidad. Para la obra final de redención y de amor, poco importan las diferencias de razas y de medios; en el fondo de las más contrapuestas tendencias hay elementos comunes, y todos los ideales se fusionan en un ideal supremo, profundamente humano, religión de todos, de los que sufren y de los que gozan, de los parias y de los libres, Zeus luminoso para los griegos, Dios de misericordia para los pobres de espíritu, verdad serena para el sabio, inmaculada belleza para el artista. Sobre todas las patrias está la gran patria, la naturaleza infinita. Todos tenemos obligación de darle nuestras actividades para fecundarla, todos tenemos derecho á los brotes de sus entrañas. Para comprender al hombre en sus obras, es ante todo indispensable estudiar su nacionalidad, pero luego, el análisis debe taladrar hasta las últimas capas del espíritu, descubrir los elementos irreductibles, despojar de revestimientos posteriores el único primitivo, poner á desnudo la fibra humana, la que al vibrar hace vibrar nuestro corazón en sus más atávicas profundidades, arrancándonos lágrimas con el Quijote, esa sublime alegría de la risa, ó haciéndonos estremecer con los trágicos estremecimientos de Hamlet ante los peligrosos bordes de lo insondable.

\*  
\* \*

Pues bien, Benito Juárez es, ante todo, mexicano: las grandezas de su carácter son las grandezas del carácter de su raza, realizadas en él como una concreción y como una síntesis;



Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada.

pero sobre todo, es un miembro de la humanidad, una figura de primer orden entre las grandes figuras de la historia, caudillo, héroe —tomo estas palabras en su significación épica— de los que se ha dicho, en intencionada frase, que no tienen patria, porque sus actos son como gotas de sangre que circulan en el organismo entero de la humanidad, nutriéndolo de vida y floreciéndolo de amor!

¿Cuáles son los elementos profundamente humanos del carácter de Juárez? La constancia heroica y la fe en Dios. He recogido, señores, de los labios de mi padre, un hecho sencillo de su magnitud, que años ha relataba yo ante la tumba del Benemérito, y que quiero depositar hoy en la memoria ávida de la juventud, porque revela mejor que cualquier análisis, el espíritu de Juárez, espíritu "de hierro y de roca," como el del rebelde encadenado esquiliano. Los patriotas que





D. Manuel Doblado.

á través del desierto conducían el arca santa con las reliquias del pueblo, llegarán á Chihuahua, llevando la patria, como Danton, en las suelas de sus zapatos. En una sala, apenas alumbrada por las agonizantes luces del crepúsculo, y en la triste penumbra del fondo, estaban sentados Juárez, Iglesias, Lerdo, Prieto.... ya dispuestos á salir rumbo al Norte, pues de un momento á otro se escucharía en las calles de la ciudad el redoble de las avanzadas francesas. Todo, como esa sala, estaba triste; algo muy querido parecía acompañar en su agonía al crepúsculo.... La cara de Juárez tenía la impassibilidad dura de una máscara de bronce. Las tormentas de su alma no relampagueaban en sus ojos. No estaba cansado; no sufría. Se habló de la situación del país: el Sr. Lerdo disertó sobre derecho internacional, como siempre, admirablemente; Guillermo Prieto dijo algún chiste, como siempre, delicioso. La at-

mósfera estaba saturada de angustia. Aquellos hombres espectrales no se movían, no se iban, no huían! Juárez dijo á sus visitantes: "Aún hay tiempo de fumar un cigarro; nada está perdido; creo poder volver dentro de cinco años á colocar la bandera en el Palacio Nacional." ¡Cinco años! No pasó uno, y la bandera ondulaba en la capital de la República, á los soplos de la libertad! De manera que ese hombre, sin dinero, sin ejército, en los límites de su país, cuando nadie creía en él, excepto él mismo, pensaba resistir cinco años más! Con una perspectiva así de negra, así de vacía, desdeñaba el puñal que le ofreciera la tentadora sombra de Catón! No, no tiene razón el Nigromante, no fué sublime el suicidio del romano, porque aún algo le quedaba que hacer por la República, sufrir y esperar; no fué sublime porque perdió la fe, porque dudó de su alma. Juárez es más grande: derrotado por el destino, todavía pedía cinco años de infortunios para vencer al destino! ¡Bien se conoce que la hoguera de Cuauhtemoc iluminaba su conciencia!

\*  
\* \*

Nadie creía en él, triste verdad! Era el día sagrado, el 15 de Septiembre. El General Brincourt ocupaba Chihuahua. Alderredor de la humilde pirámide que levantó el cariño popular sobre los restos de Hidalgo, se cometía un sacrilegio: los franceses y los traidores celebraban la independencia de nuestro suelo! En cambio, algunos buenos patriotas organizaron en la capilla de la Parroquia una *Misa de Duelo*, y allí fueron con sus hijos las madres enlutadas á llorar la muerte de la patria, á enterrarla para



siempre... las oraciones eran gemidos; en las baldosas arrastraban las gasas funerarias; los ojos húmedos se clavaban en el llagado cuerpo del Redentor; el órgano sollozaba el misere-re; el incienso envolvía en nubes seráficas las cabecitas de los niños... Juárez! Juárez no volvería, imposible! Y no sólo en las lejanas fronteras, no sólo en la pobre parroquia de mi pueblo, sino en toda la extensión del país, hubo un abrazo impío de conquistadores y traidores, y una misa de duelo de todas las madres y de todos los hijos, bajo la negra, bajo la infinita soledad del cielo! Juárez! oh, Juárez no volvería, imposible! Juárez volvió. Ah, Señor! si ese hombre, que tuvo que combatir no sólo á franceses, no sólo á los traidores, no sólo al clero, sino también el escepticismo del pueblo, y que venció no sólo á los franceses, no sólo á los traidores, no sólo al clero, sino también el escepticismo del pueblo, no figurara en la historia de la humanidad, no fuera una gloria universal, tendríamos derecho al mal, á la destrucción, al suicidio, arrojando nuestros fastos y nuestras virtudes y nuestros pensamientos y nuestros ideales y nuestras almas, á la combustión satánica de un infierno devorante y de una muerte ignominiosa; Benito Juárez no es el Benemérito de las Américas, es Benemérito del mundo entero!

Y hoy que hemos perdido la fe en las quimeras del jacobinismo, pero que la tenemos cada vez mayor en las verdades de la ciencia; hoy que ya no nos exalta la raudalosa elocuencia dantoniana, arrastrando en su furia mantos desgarrados y cetros rotos, pero nos entusiasma la serena voz de la filosofía que deposita limo fecundo en las almas y jamás desborda



Gral. D. Mariano Escobedo.

cóleras destructoras de su profundo cauce; hoy que nos burlamos un poco de las disertaciones incoloras y pedantescas de Robespierre y estudiamos en Rousseau un caso patológico; hoy que los reyes, los frailes y los nobles, que habían perdido la fisonomía humana con los corrosivos de la literatura demagógica que los llamaba y los llama, hidras, vampiros, endriagos, nos aparecen en la historia científica con sus facciones normales, como hombres semejantes á los demás hombres, algunas veces liberales, complacientes, artistas; hoy que analizamos y que nos explicamos, sin odiarlas "á priori," las etapas más infaustas de la crónica humana; hoy que ya no creemos que la regeneración universal brote de un discurso epiléptico de encrucijada, aplaudido por el populacho ebrio que deserta de las escuelas y de los talleres, y armado de formidables picas levanta en triunfo á Marat, grotesco y patibulario, sobre los bonetes rojos; hoy que





Dr. D. Ignacio Alvarado, Médico de Juárez.

no creemos en la utópica democracia del "Contrato Social," idealmente bella, como un diálogo platónico, trazada á maravilla con la armonía matemática de los silogismos, pero falsa de toda falsedad; hoy, por último, que vemos evaporarse en el horizonte las últimas humaredas de la Convención, devorada por sus propias llamas, estamos en aptitud de comprender la personalidad real del señor Juárez, pasándola del mito á la ciencia, pero sin destruir el mito que es arte; de la leyenda á la historia, pero sin destruir la leyenda que es poesía, cumpliendo así con el deber que como ciudadanos y patriotas tenemos de preservarla de todo homenaje falso y de toda injusticia sacrílega, á riesgo de que la posteridad la encuentre mutilada y sucia bajo el polvo del tiempo, como encuentra el arqueólogo los restos de los palestritas de mármol y de los atletas de bronce que yacen en la

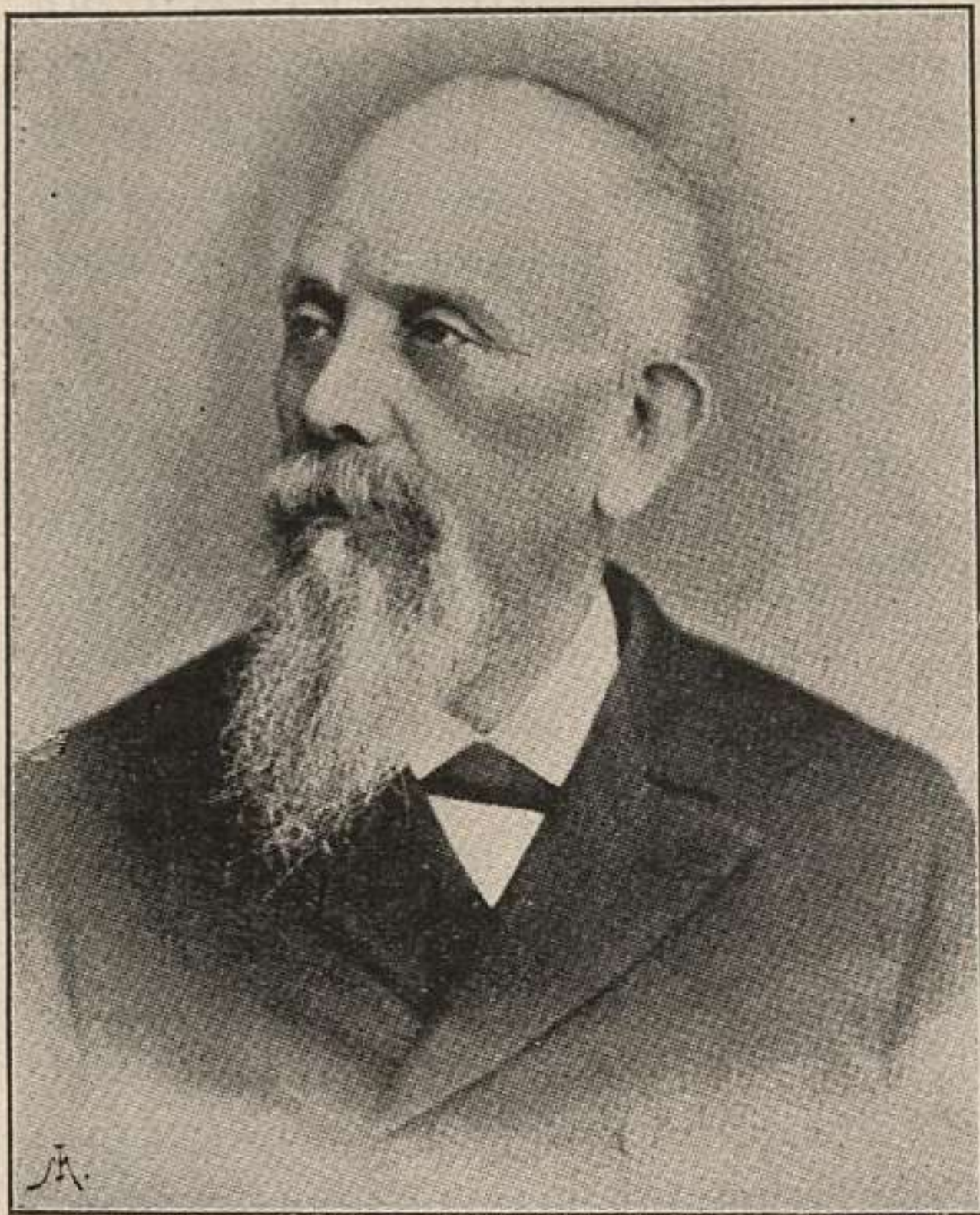
tierra divina del arte, devastada por la violencia y por la ingratitude!\*

\* \* \*

A la juventud toca tarea tan meritoria. Qué mejor homenaje podéis rendir al muerto ilustre, que hacerlo vivir incesantemente, con todo amor, en vuestras meditaciones y en vuestros estudios? Os lo disputan dos bandos enemigos: el Clero y la Jacobinería. Uno proviene de Jerusalém primero y de Roma después, de la ciudad pontifical y hierática, autoritaria y solemne, llena de ascetas con callosidades en las rodillas y láminas de oro en las frentes. No es divino; dejó caer en la sangre y en el lodo de la vida el ideal de Jesús; es humano, es decir, bueno y malo. Sus grandes acciones le han dado lustre, sus grandes crímenes le han valido anatema. Salvó la ciencia antigua de la rapiña de los bárbaros y prendió los leños del odio bajo las plantas de Juan Huss y de Jerónimo de Praga. Y hoy, contaminado por el industria-

\* Con motivo de la calurosa defensa que hizo de la Jacobinería el estudiante D. Lázaro Villarreal, que me precedió esa noche en la tribuna, me ví obligado á aludir á su discurso en estos ó parecidos términos: «El vibrante orador de la Escuela de Jurisprudencia ha hecho una entusiasta apología del jacobinismo. . . . Es joven, aún vive con su ensueño en las turbulencias de la Convención francesa. Y quién no ha sido jacobino en su juventud? Pero nosotros, que hemos perdido la fe en las quimeras. . . . etc.» Hago esta observación, porque algunas personas han supuesto que yo niego esas palabras, habiendo ordenado que se suprimieran en la publicación que hizo «El Imparcial» de mi discurso. No las niego, al contrario; pero como fueron improvisadas, como no estaban en mi manuscrito, «El Imparcial» no pudo imprimirlas.





D. Trinidad García.

lismo febril del tiempo, en vez de abrir el Reinado de Dios con las llaves de Pedro, penetra á saco en las ricas heredades del capital con los instrumentos del agio y de la astucia. Y si desoye la santa palabra de León, de ese anciano blanco y bueno, cuyos labios manan amor como los panales miel, y cuyo espíritu asciende á la muerte como una hostia sobre la humanidad arrodillada; si no vuelve, en peregrinación expiatoria y en demanda de misericordia á los huertos de Galilea; si con los supremos exorcismos del arrepentimiento no arroja de su alma el Demonio del Vicio, entonces se entregará atado de pies y manos á las implacables justicias flamígeras de la Historia!

Si el Clero niega á Juárez, la Jacobinería lo deforma, porque lo hace objeto de un fanatismo, colocándolo como santo del calendario demagógico. Cisma, intransigencia, odio, guillotina, parlamentos-clubs llenos de humos de pipas y de vociferaciones

de muerte, la decapitación de Dios en el cielo y la felicidad salvaje sobre la tierra: bellos ideales! Tuvieron los jacobinos su papel en la Historia, trágico siempre y á veces grande. Hoy, han pasado de moda: son siempre grotescos y nunca grandes. Se parecen al caballero de la Noche y de la Muerte de que habla Tennyson, que oculta las flacas fuerzas de un niño bajo pavorosos y formidables arreos de combate. —Nó, no puede ser de ellos el señor Juárez. El hombre que castigó todos los abusos para defender todos los derechos, el hombre que castigó todos los privilegios para defender todas las garantías, el hombre que castigó todas las opresiones para defender todas las libertades, no es un cismático, no es un sectario, no es un intransigente, es un Reformador. La base de su obra es esencialmente económica; el fin de su obra es esencialmente moral. Fué un hombre de paz, fué un hombre de



Gral. D. Tomás Mejía.





Maximiliano y Carlota.

amor, fué un hombre de progreso. Su espíritu no está en el odio ciego é inmoral de las edades muertas, tendríamos entonces que odiarlo y Dios sabe cuánto le veneramos; está en el respeto del pasado, en el trabajo del presente, en la fe del porvenir, en el conocimiento de lo que hemos sido, de lo que somos, de lo que seremos, abarcando la prodigiosa evolución que si aún nos ha dejado en las extremidades de la mano las garras del carnicero velludo y delincuente y en las capas más hondas del alma al apetito bestial y la pasión impura, empieza á poner en nuestras frentes los primeros destellos de la divinidad, como un beso matinal de la infinita poesía del amor!

Y si alguna vez —qué sabemos!— las pasiones estallan en tragedia, si la lucha se hace inevitable, si los parches de Tirteo resuenan y marcháis en las filas “cubriéndoos el pecho con el orbe del escudo, blandiendo en la diestra la lanza sólida y agitando la terrible cimera sobre el casco,” de-

fended bizarramente la figura de Juárez, dando actos heroicos á la fama clamorosa, defendedla en nombre del arte, en nombre de la ciencia, en nombre de todos los lienzos pintados, de todas las estatuas esculpidas, de todas las verdades conquistadas, en nombre de los que ostentan cicatrices resplandecientes, en nombre de los que encienden el astro de oro de la piedad en las cimas de la conciencia, en nombre de los que bajan con la lámpara de Aladino á las entrañas de la vida, en nombre de los que llevan al costado una lira,—madre de la estrofa que se desbarata en colores, en lágrimas ó en cóleras,— en nombre de la patria que nos concreta, en nombre de la humanidad que nos contiene, y viriles, fuertes, invencibles, como hacen los héroes de la Iliada con los caudillos rotos en la brega, cubrid y protegéd la figura de Juárez con una muralla circular de clavas resonantes.

\*  
\* \*

Concluyo. A vosotros os toca, jó-



venes egregios, rehacer la patria moral, la patria intelectual, la patria viva y verdadera, la bella, la espléndida, la gloriosa patria, tal cual la contemplaban, con los ojos embriagados de ideal, los hombres generosos que por ella afrontaron las cárceles, los destierros y la muerte. Vuestros padres le dieron el alma y la sangre: dadle vosotros el ingenio. No queremos apagarlos en la historia. Recoged en el corazón la constancia y la gloria de los magnánimos que hicieron la Reforma, preocupados por la ciencia y el arte que debíais cultivar. Y el arte y la ciencia amadlos con verda-

dero amor; amadlos por sí mismos, más que por los frutos que puedan producirlos, más que por las alabanzas que puedan conquistarlos; amadlos como el ejercicio y la manifestación en que la nobleza del hombre aparece, en que el valor de las naciones se externa. Y sed buenos, y creed: creed en el amor, en la virtud, en la justicia; creed en los altos destinos del género humano que asciende al zenit por las vías de su ideal transformación. Que la ciencia os esfuerce, que el arte os consuele, que la patria os bendiga!



El Gral. Porfirio Díaz á los 16 años.



El Gral. Díaz en 1867



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATAN.



Entrada del Sr. Presidente de la República á la ciudad de Mérida,  
al pasar por la plaza «Independencia.»





## A UNA POETISA

Bajo la obscura sombra  
de su hoja brillante,  
viven las violetas.  
Cuando alguno te nombra,  
parece que, arrogante,  
quiere llevar poetas  
en el ojal de su *jacquet* elegante.....

Y es la violeta la que al fin procura  
hacerse más notoria  
(¿es verdad que le gusta la espesura?).  
Ella á la ostentación así se presta;  
porque es cosa segura,  
que si no ama la vida, ni la gloria  
y quiere ser modesta,  
debe quedar bajo la hoja quieta;  
y no andar en París, en Grecia ó Roma,  
tentando, con lo grato de su aroma,  
á la dama y al prócer y al poeta.

JESÚS E. VALENZUELA.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATAN.



Arco Maya del Gobierno del Estado,





## EL COMBATE DE LAS FLORES

### Capítulo de la novela "Claudio Oronoz."

El combate de flores de ese otoño estaba en todo su esplendor. La gran avenida habíase engalanado como nunca para ser teatro de la bella fiesta, que no por ser otoñal era menos suntuosa en la ostentación floral de nuestra sempiterna primavera.

Había flores para deslumbrar á una primavera del Norte; las dos alas de edificios de la angosta avenida henchida de carruajes estaban cuajadas de flores desde los frisos hasta los cornisamentos, subían á los arquitrabes, se adherían á los capiteles, empenachaban los frontones, descendían de las crestas en ondas floridas como cabbelleras de driadas flotantes al viento y se prendían en haces, en coronas, bajo las aljabas de banderas fraternalmente unidas. Los mástiles empavesados con estandartes universales, aparecían también floridos cual si fuesen varas de nardos; y si las flores subían así hasta el azul del cielo, descendían en una lluvia no interrumpida de los balcones, de las lucernas, de las tribunas y las terrazas henchidas de mujeres

bellas, pues por un torneo dichoso quisieron decorar solamente mujeres hermosas ese año y ese día la avenida durante la batalla floral; y así la primera fila de todos los balcones era de mujeres jóvenes y bellas, y detrás veíase á los caballeros que las servían, preparándoles y pasándoles constantemente ramilletes y serpentinas, proveyéndolas de paquetes de *confetti*.

Y en la vía, sobre el asfalto policromizado con una alfombra de pétalos y papel picado, los carruajes enguirnaldados, blasonados de flores reales, de las flores imperiales de nuestros vergeles edénicos, eran búcaros de flores vivas, de flores de carne, de mujeres hechiceras y primorosamente ataviadas, pues si el torneo en los balcones henchidos de hermosas era armoniosamente uniforme, en los carruajes era inflexiblemente seleccionado. Para batallar con las bellas sitiadas, las sitiadoras, en su carrera triunfal bajo la lluvia de proyectiles forestales, tenían que llevarse la palma en gallardía y conquistar en su carro por su hermosura y por la riqueza y primor



de sus trenes, el premio y la victoria; y así el paso de cada carruaje conductor de una ó de un grupo de reinas blondinas ó morenas, era saludado por una salva de aplausos de los concurrentes que henchían las aceras y por los caballeros que asomaban apenas en los balcones y las tribunas, y eran bañadas en una lluvia de flores y consteladas por un enjambre de papelillos que danzaban en el viento, semejando nubes de micropétalas mariposas volubles. Las triunfadoras contestaban arrojando á lo alto puñados de las flores de que llevaban colmados sus carruajes, ó hendiendo el aire con serpentinas que se prendían como lazos de amor de un balcón á un carruaje; y entonces los aplausos atronaban, creciendo en fragor jubiloso y desencadenándose en rauda y loca ráfaga de alegría exultante. Los caballos enjaezados de gala y arzonados con haces de flores, piafaban de entusiasmo y se encabritaban bajo el férreo puño de sus domadores, y avanzaban así, lenta y briosamente, prestando con sus corbetas y relinchos impetuosos más calor al desfile glorioso de las reinas aclamadas.

El cielo azul pálido, enhebrado de raudas de nubes viajeras, atenuaba los rayos del sol que doraba apenas la orla de los cortinajes, la fimbria de los trajes blondados, irisaba las sedas y los terciopelos, hacía brillar en tenues cambiantes las joyas, los diamantes, las perlas, las esmeraldas y los rubíes, y danzaba rielando en el oro de los abanicos presurosamente agitados, en el ágata de los mangos de los impertinentes, en el carey de las peinetas y las agujas sostenedoras de las pesadas masas de las cabelleras y de los frescos sombreros floridos. Y besaba, realizándola, eburneándola, la blancura mate de los cuellos y los brazos de las bellas, de los cuellos desnudos y los brazos semivelados por levisimas gasas transparentes, seme-

jantes á hebras de escarcha sobre la carne de camelia, sobre la epidermis de Paros, sobre la carne dorada ó ambarina de las americanas exangües, sobre la tez deleitosamente pálida que tiene la tersura del pétalo, la suavidad de la seda, la frescura fragante de los lirios, la brillantez y la odorancia de los nardos, el poro de la pulpa de las gardenias inmaculadas, la crisoelefantina diafanidad de los nenúfares hechos de nieve y oro. Y la carne esplendía triunfadora, omnipotente, sensualmente divina, paganamente consagrada en la fiesta de Flora; la carne vellazonada por hebras crespas de oro ó de azabache, la carne lunarosa, rociada al acaso por lunares negros ó bermejós, maculada por la aspersión tentadora de los granitos velludos codiciosamente adorables, desplegaba ante los ojos su variedad infinita de matices rosáceos, lumíneos, ambarinos, lechosos, sus blancuras incomparables de cuarzos, de ópalos, carnes doradas, alabastrinas, de concha-nácar y perlas, que arrobaban con su sola enunciación, con la promesa embriagadora y enervadora de quién sabe cuántos tesoros ocultos.

Los ojos, cabrilleantes, luminosos, radiantes de risa de luz, los incomparables ojos latino-americanos, despedían centellas de alegría, cintilaban languidecentes y, sin embargo, ebrios de fuego, de la combustión del calor de la raza, pecadoramente sensuales aunque animaran una Virtud, y ostentaban todos los matices aunque fueran ojos negros, negro-aceituna, negro-indigo, negro-avellana, negro-guinda, negro-amaranto, hasta bajar raras veces en tonos desfallecientes al topacio, al garzo, al violeta, al amatista, al plumbago, al gris perla, nunca ojos verdes y nunca ojos azules! siempre negros, siempre oscuros, raramente claros y siempre bellos, que ese día descargaban sus rayos electrizados de fuego magnético, rendidores de voluntades



adoratrices de su luz soberana, de su luz de gracia, de su luz de amor!

La fiesta por excelencia de expectación, la fiesta contemplativa, en la que no gozan sino los ojos, en la que no se impresionan los oídos porque no son precisas fanfarrias para subyugar el espíritu de las multitudes, crecía en esplendor á la hora meridiana. Afluían carruajes retardados en batallar, como refuerzos en una acción campal, y nuevas guirnaldas de flores frescas descendían sobre las bellas combatientes, cual si una invisible ronda de amorcillos danzara en el viento, revolando de los balcones á los carruajes y de los carruajes á los balcones, mensajeros de los dones florales, indecisos en aquel torneo de Gracias. La muchedumbre expectante replegábase con dificultad en las aceras, oprimiéndose y recibiendo en sus rostros el vaho de los caballos ardorosos que, obligados á andar lentamente, irritábanse sofrenados y domados. Una alegría intensa brillaba en todos los ojos y sonreía en todos los labios. Pasó la carroza de Rosamunda Clavé, la bella de moda, la opulenta criatura de ojos grises y semidormidos y apretada cabellera voluminosa y rubia sobre su nuca de alabastro, y todos los ojos la seguían codiciosos ó arrobados, todos los labios entreabrianse de admiración invencible para la diosa pensativa, que rara vez se dignaba contestar una lluvia de flores con una flor echada á volar lánguidamente; pasó el landó de Berenice Amor, y un suspiro escapó de todos los pechos varoniles, de todos los pechos juveniles que hacían unánimes un culto de aquella soñadora niña lunarmen- te pálida, blanquísima y triste, enfermiza- mente bella, que enamoraba hasta causar mal con solo verla, diáfana por su sideral blancura, y sin embargo, mórbida en sus hombros nutridos y en sus brazos redon- dos, que se transparentaban bajo su traje crema que envolvía en abullonados olea-

jes su soberano cuerpo griego; pasó la victoria de Clemencia Roel, imperiosamente soberbia por un contraste con su nombre, ceñuda y fría, con su mirada vaga de estatua, inabordable, inescalable, encumbra- da siempre en su sueño de otras razas, de otras perfecciones de las que solamente ha dejado un recuerdo la raza de mármol de los estatuarios de Hellas, la raza divina cuyo único ejemplar de suprema belleza superviviente en la tierra es una mujer mu- tilada!—Y la desdeñosa imponía silencio por su altiva hermosura palatina, digna de ser blasonada por un escudo real; pasó el *break* de Leticia Leyva y todos los ojos sonrieron á la risa de luz de sus ojos, á la risa de amor de los dos hoyuelos que ani- daban en las mejillas de la rubia compa- rable á una *poupée* de bien abiertos ojos lilas y gruesas crenchas de oro, de boca tímida y purpúrea cual una granada re- ventada, hechicera en su risa inconscien- te, cual si sintiera siempre en su nuca blonda el cosquilleo de una ala del Amor é inclinara, por tanto, su cabeza en una im- perceptible sensación de placer contagian- do con su riente alegría; pasó el faetón de Cirenía Reynaud, la flor de sangre gala nacida americana, rosada cual si acabara de salir de un baño de rosas, transparen- temente rosada, henchida de sangre hasta en la córnea de sus ojos guindas, hasta en sus uñas de ágata, ostentando sus encías encarnadas en su boca entreabierta como un clavel desgajado de apretados pétalos sangrientos, desafiadora con su guiñosa naricilla al viento, ebria de vida y de salud, tal que despertaba el deseo de picotearla como un pájaro á una purpurina pitahaya!; pasó el *dog-car* de Margarita Leman, la preciosa morena tocada siempre con un haz de peonías en sus cabellos negrísimos y brillantes, la de sedeno bozo perceptible como el de un adolescente, gruesa y sóli- da sin perder la esbeltez de la juventud,



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATAN.



El arco monumental del Ayuntamiento de Mérida.



El banquete de señoras en el Palacio del Gobierno. La mesa de honor.



con miradas de bacante que quemaban al sostenerlas, pues la audaz vellosa gustaba de ver ampliamente, á su antojo, lo que le placía, sin importarle el juicio que se hiciera de su libre albedrío, y un temblor electrizado culebreaba espasmodiando los nervios de quienes eran besados por las miradas de aquella suntuosa mujer que dejaba llover sobre ella una tempestad de flores, que se dejaba aprisionar en una red de serpentinatas, mientras ella veía, veía, insaciablemente, haciendo uso del dón para el que sus ojos fueron hechos; pasó el *mail* de Corina Corella, rodeada de bellas damas como Venus entre un coro de nereidas, todas vestidas y joyadas de blanco, surgiendo de oleajes de camelias y gardenias cual de crestas de espumas nítidas, augusta y regia en su perfil de cesarina, con su bella palidez de ámbar, con sus ojeras violetas cual si despertara de mucho amar, apasionada y triste, gloriosa en su apoteosis que sufría noblemente en actitud de reina floral transmigrada de las antiguas cortes de amor cantadas en serventesios lemosinos, para ser coronada emperatriz en el paraíso de un Valle fabuloso y romántico! . . . . ¿Por qué vencía? . . . . Nadie sabía analizar el encanto que derramaba su presencia; vencía por el conjunto de sus gracias infantinas, por la onda armoniosa de su cuerpo frágil, nervioso, de raza afinada, de sangre real, última flor grácil de la estirpe de un virrey bastardo confinado á Indias . . . .; vencía por el encanto de lo que huye, de lo que se extingue, de lo que desaparece, de lo que muere . . .

Y en el interludio de tantos carruajes que se disputaban el premio y en los que las bellas habían desfilado en trenes suntuosos, acompañadas de hermosas damas, menos hermosas, sin embargo, que ellas; como notas de pasaje del poema fugado del paseo triunfal, como notas errantes y vivaces, mariposeaban pequeños tálburis, ca-

briolés, cabs, que llevaban una sola dama como un búcaro de flores una sola hada, y zigzagueaban tirados por jaquitas de sangre pura, por poneys de alzada de onagros, entre los carruajes cargados con el dulce peso de tantas mujeres preciosas!

Oronoz y yo nos habíamos visto obligados á detenernos frente al Palacio de los Azulejos. Habíamos dejado la monotonía de nuestra reclusión pastoral para presenciar la lujosa fiesta de otoño, y descendiendo de un tren del Valle entramos á la avenida frente al Palacio Escandón; pero apenas pudimos avanzar algunos pasos, y nos instalamos en el pequeño jardín del ex-convento de San Francisco, donde vimos el desfile de los carruajes premiados en el Pabellón Morisco. Oronoz nombraba á las hermosas que desfilaban lentamente y me contaba sabrosos y discretos episodios de cada una de las reinas de amor, detalles galantes y secretos que él había sorprendido, en su peregrinación amorosa, en bocas pecadoras que sabían, por confidencias de sus amantes, intimidades de las señoritas bien nacidas. Y yo sonreía complacido, licenciosamente intrigado de tan dulces coloquios que habrían de fructificar más tarde en mi soledad . . . . Relatábame, con su acaloramiento de la hora meridiana, un interesante sucedido de Margarita Leman, á la que una noche de baile, en que se hallaba demasiado escotada, se acercó una amiga intrigada por una mota de vello que asomaba apenas entre sus pechos, al borde del escote, y al mismo tiempo que la curiosa le decía: «¿qué tienes ahí?» . . . . — le tiraba de la motita de vello, por lo que Margarita, exclamando: «¡Ay!» se llevó las manos á la región pubescente . . . . Y Claudio y yo reíamos de la escabrosidad del comentario, cuando una voz vibrante:

— ¡Claudio! — lo hizo estremecerse y á los dos volvernos vivamente.



Clara Rionda, rigurosamente enlutada, estaba á un paso de nosotros en un landó. Iba sola en su carruaje, y para desfilarse en el paseo floral había hecho enjaezar su soberbio tronco de frisiones negros con ramos de azahar, había hecho poner azahares en los radios de las ruedas, en los estribos, en el pescante y en la testera, y había prendido á su fimbria pequeños ramos de azahares y tenía á sus pies un búcaro colmado de ellos para prodigarlos correspondiendo á la lluvia de flores con que era saludada, pues á su aparición, como siempre, todas las miradas la deseaban, todas las miradas la desnudaban!

—Claudio, buenos días,— dijo ella tendiéndole su mano enguantada, que yo estreché á mi vez, al ser presentado por Oronoz.

—Tengan la bondad de subir y acompañarme, se los ruego,— añadió comprendiendo fugazmente nuestra íntima amistad, al ver que el joven descansaba su brazo en mi hombro.

Claudio se excusó desconcertado y yo saludé rehusando al dar las gracias; pero ella se obstinaba:

—La fiesta ha concluido, han pasado ya las reinas..... y, además, yo lo ruego!....

—Clara, no estamos en traje de exhi-

birnos! —dijo Oronoz.— Va usted elegantísima para que la acompañemos así.....

—¿Es por eso, Claudio?..... ¡Prescindo de seguir!

—No..... ¡por favor!..... ¡Sería imperdonable!

Y era verdad. Clara atraía todas las miradas de damas y hombres; su peregrina belleza excéntrica contrastaba con el enjambre de trajes claros de las batalladoras, y realzaba prodigiosamente la beldad turbulenta. Los clubman agrupados en el pórtico del Palacio de los Azulejos tendían los cuellos para ver mejor la escena. Clara insistía, suplicaba, y al ver la negativa rotunda, dió orden á su cochero de que rompiera la fila de espectadores á todo trance y saliera por Gante, y nos rogó que la siguiéramos, advirtiéndonos que no se iría hasta que llegáramos.

Cuando tras grandes esfuerzos logramos romper la valla compacta y llegamos al pie del landó de Clara, sonriente y dichosa, mi despedida causó asombro á los dos jóvenes, que me amenazaron, ella con su enojo y él con su resentimiento; tuve que luchar entre risas y ruegos con Oronoz, pero me escapé al fin y desaparecí.

RUBÉN M. CAMPOS.







Las fiestas presidenciales en Yucatán.—Grupo de «Vaquerías» en la Hacienda de Chunchucmil.





## A EMMA DAVALOS

En vereda nunca hollada  
y en valladar muy lejano,  
descubrí la flor nevada,  
flor que no ha sido arrancada  
jamás por ninguna mano. . . .

Cáliz de misión incierta  
que imágenes mil despierta. . . .  
es un cirio en la penumbra. . . .  
copa, cuando está entreabierta,  
y si está cerrada, tumba. . . .

Si pudiera la aldeana  
cortarla del valladar,  
la llevaría al altar  
de la ermita más cercana.

La doncella irreverente  
se la pusiera en la frente;  
el joven se detendría

para beber su ambrosía,  
y el viejo. . . . ¡ay! tristemente,  
junto á la flor pasaría. . . .

Yo á mi casa la trajera,  
porque ha de llevar ventura;  
y luego. . . . ¡que yo la viera  
junto de mi sepultura! . . . .

¡Oh flor aromosa y blanca!  
Ninguna mano la arranca  
porque es alto el valladar!  
. . . . Si aciertas, niña, á pasar

junto de esa flor tan bella,  
que es envidia de la estrella,  
de la fuente y del bambú,  
reconoce tu alma en ella,  
porque esa flor eres tú. . . .

MARÍA ENRIQUETA.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATAN.



La iluminación de la plaza «Independencia.»





La inauguración del Hospital y Asilo «Ayala,» la mañana del martes 6 de Febrero.



El Sr. Gral. Díaz, dando el brazo á la Sra. Arana de Peón, en Progreso, cuando se dirigía á tomar el remolcador para regresar.





# INFORME

Que en nombre de la Comisión N. del Centenario de Juárez leyó en la Velada del Teatro Arbeu, la noche del 21 de Marzo de 1906, el C. Lic.

Victoriano Salado Alvarez, Secretario de la misma Comisión.



Guillermo Prieto.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

De tres ó cuatro años, probablemente, data el movimiento nacional iniciado para conmemorar, con el esplendor y la grandeza que cuadraban al caso, el centenario del ilustre reformador y salvador de la segunda independencia mexicana, Lic. Don Benito Juárez, quien vió la luz el siglo pasado en igual fecha que ésta, en el pue-

blo de San Pablo Guelatao, del Estado de Oaxaca.

Asociaciones y particulares aprestábanse, con entusiasmo desconocido hasta la fecha en nuestro país, para significar el cariño y la admiración que sentían por aquel hombre excepcional que logró, en las circunstancias más apretadas y difíciles, dar á la nación las leyes que necesitaba para su desarrollo ulterior; salvar su independencia amenazada y hacerla respetable en el exterior, á pesar de los numerosos obstáculos que le opusieron el encono de los partidos, la presión de las armas extranjeras y el estado incipiente y caótico de la nacionalidad. Pero las asociaciones y particulares, si bien habrían ejecutado algo digno del personaje que trataban de conmemorar, habrían, en cambio, carecido en sus manifestaciones del espíritu de orden y unidad que tanto abonan trabajos de esta clase.

Por otra parte, habría parecido extraño y hasta reprochable, que tratándose de glorificar á uno de los más eminentes hombres de gobierno y á uno de los más grandes legisladores que ha tenido el país, permanecieran extraños al movimiento iniciado los organismos sobre cuya existencia ejerció Juárez mayor influjo.

Estas razones, de seguro, movieron al Gobierno nacional á nombrar, en 15 de Marzo de 1905, por medio de su Secreta



ría de Gobernación, una Comisión Nacional compuesta de los ciudadanos Alonso Flores Jesús, Casarín José, Cueto José B., Esteva Adalberto A., García Trinidad, Landero y Cos José, Loera Manuel F., Macedo Pablo, Mancera Gabriel, Pineda Rosendo, Prida Ramón, Rivas Carlos, Romero Félix, Salado Alvarez Victoriano y Velasco Emilio.

En 23 de Marzo, la Comisión inauguró sus trabajos, habiendo sido instalada por los señores Secretario y Subsecretario de Gobernación, de los cuales, el primero manifestó que el Gobierno Nacional deseaba que la celebración del Centenario correspondiera, por la importancia de las manifestaciones que en ella se hicieran y por la forma en que se excitase el patriotismo de todos los habitantes de la República, á la grandeza y méritos del héroe que se conmemoraba.

El señor Subsecretario dió lectura á las Bases que habian de regir en lo futuro á la Comisión Nacional, y ambos funcionarios se retiraron, dejando instalada la nueva Corporación.

La Comisión nombró su Mesa Directiva compuesta de los Sres. Félix Romero, Presidente; Emilio Velasco y Jesús Alonso Flores, Vicepresidentes, y Ramón Prida, Victoriano Salado Alvarez, José Casarín y Adalberto A. Esteva, Secretarios; determinando, además, que se considerara con los caracteres de Presidente y Vicepresidente honorarios, respectivamente, á los Sres. don Porfirio Díaz y don Ramón Corral.

La Comisión nacional celebró con absoluta regularidad sus sesiones, los sábados de cada semana, asistiendo á ellas el personal que le compone, sin más excepción que la de los miembros ausentes ó enfermos. Las juntas se verificaron en el Palacio Nacional, en el Departamento de la Secretaría de Hacienda, destinado en

su origen á las sesiones de la Conferencia Panamericana.

La Comisión tuvo que deplorar la muerte de uno de sus miembros más activos y entusiastas —el señor don Trinidad García,—arrebataado á su país cuando todavía podía prestarle excelentes servicios, y serle útil en diversas esferas.

La primer providencia de la Comisión, consistió en procurar extender su esfera de acción fuera de la capital de la República; pues comprendió que si no conseguía realizar un movimiento nacional y espontáneo en favor de la idea para que había sido constituida, sus fines resultarían nugatorios y sin efecto. Con este objeto redactó un manifiesto que hizo circular profusamente, y que firmaron todos los miembros de la Comisión. También dispuso que se formaran en la capital de cada Estado y Territorio, y en el Distrito Federal, Delegaciones que se compondrían cuando menos de cinco personas, con facultades para aumentar el número de sus miembros, y para organizarse en la forma y término más convenientes al éxito de sus trabajos.

A su vez, las sendas delegaciones, debían procurar la fundación de Comités municipales á ellas subalternados. Esta propaganda resultó verdaderamente fructuosa, pues sin exageración puede afirmarse, que no hubo ciudad, villa ni pueblo, aun los más alejados é insignificantes, que no trabajaran gustosos en la realización del pensamiento, resultando de tal unanimidad el concierto admirable de tantas inteligencias y voluntades para la realización del cívico objeto que perseguía este Cuerpo.

A treinta y dos ascendió el número de Delegaciones en activo trabajo, y á mil ciento treinta y nueve el de Comités de que tuvo noticia la Comisión; y esto sin contar las innumerables agrupaciones particulares que por cuerda separada, y con



grandísimo fruto, celebran en estos momentos el Centenario en toda la extensión de la República, dando así mentis solemne á los que creen muertas ó amortiguadas las energías patrióticas entre nosotros, ó que opinan ha llegado á ejercer influjo en la masa del pueblo las declamaciones que los enemigos de la memoria de Juárez han tratado de extender en perjuicio de aquélla.

Segura la Comisión de que la forma mejor de perpetuar y enaltecer la memoria de un grande hombre, es encomendarles al arte y á la historia desapasionada la perpetuidad de la obra de aquél, convocó varios concursos que debían figurar como números de las fiestas del Centenario.

Tratóse, en primer lugar, de aclarar y poner en su punto, la vida y hechos del Benemérito cuyo primer Centenario se celebraba, y para ese efecto, se convocó á los literatos que quisieran componer una biografía documentada, sintética y clara del héroe, puesta en estilo familiar y sencillo, á fin de que pudiera quedar al alcance de las personas que tuvieran escasos conocimientos históricos.

Juzgándose que la etapa más importante, si no la más bella y más gloriosa, de la vida de Juárez, era la de la expedición de las leyes de Reforma, y su lucha contra el partido retrógrado, se abrió á Concurso el estudio de los factores históricos, ideas, personajes y circunstancias que antecedieron, acompañaron ó siguieron al gran movimiento que transformó al país.

Juárez, con su admirable constancia, con su poderosa iniciativa, con su probidad y su energía, daba materia para que los poetas cantaran su vida y ensalzaran sus hechos. A esto obedeció la convocación del tercer concurso Literario.

Por último, pareció que el más importante de los números de las fiestas, debía ser la iniciación de un gran monumento

que perpetuara la gratitud nacional á Juárez, sus amigos, partidarios y favorecedores, que fueron parte principal en el gran movimiento reformista tan benéfico para la patria.

Los jurados que se designaron para los temas literarios, cumplieron sus encargos pronta y patrióticamente, presentando los dictámenes, y señalando los premios que en manos de los agraciados pondrá el señor Presidente de la República.

No fué tan afortunado lo relativo al concurso arquitectónico. Según pareció á los miembros del Jurado, no solamente los trabajos que les tocó juzgar eran defectuosos ó estaban fuera de concursó, sino que también, extendiendo su dictamen á asuntos que no se habían sujetado á su competencia, señalaron en la Convocatoria de esta Comisión, en su opinión, muy graves defectos.

Lástima grande que en su oportunidad los distinguidos peritos que compusieron el jurado no hubieran hecho presentes á la Comisión los defectos que creyeron encontrar en la Convocatoria, pues tiempo habría sobrado para remediar los errores ó las deficiencias que se hubieran deslizado en dicha pieza, y ni el gran pensamiento de la Comisión ni el buen nombre de los jueces habrían padecido nada.

Varias delegaciones y ciudadanos propusieron iniciativas, y la Comisión Nacional les aceptó siempre que las juzgó pertinentes á su objeto. Merecen mencionarse entre las iniciativas aceptadas, la referente á una conferencia que debe darse á los niños de las escuelas públicas acerca de la vida y los trabajos de Juárez; otra tocante á la colocación de retratos del Benemérito en las escuelas y oficinas públicas; la en que se indicó á los Gobernadores de los Estados la conveniencia de colocar lápidas conmemorativas en las casas que habitó Juárez siendo Presidente de la Repú-



blica; la que tuvo por objeto invitar á las empresas ferrocarrileras del país para que adornaran con banderas y retratos de Juárez las locomotoras en movimiento el día de hoy y la contraída á invitar á los dueños de fábricas y talleres á que dejen libre á sus obreros el día del centenario sin rebajarles su sueldo ó jornal.

Muchos particulares y Delegaciones solicitaron de esta Comisión Nacional que interpusiera sus buenos oficios cerca de la Secretaría de Hacienda á fin de que se permitiera la entrada libre, sin cobro de derechos, de los bustos, estatuas, adornos, accesorios y placas conmemorativas destinados á los monumentos en honor del Benemérito ó á la designación de lugares públicos que llevarán su nombre. La petición fué bondadosamente acogida por el señor Ministro de Hacienda, y aunque debido á prevenciones legales que dicho funcionario no podía despreciar, no acordó la gracia, sí ofreció su valiosa ayuda para la época en que los introductores de tales artículos, una vez efectuado el pago de los derechos, solicitaran del Poder Legislativo la devolución de las sumas que hubieran enterado por ese capítulo.

Conforme á las bases de su creación, uno de los primeros asuntos que habían de preocupar á este Cuerpo, debía ser el procurar la participación de los ciudadanos de todas las clases sociales, tanto en el orden pecuniario como en cualesquiera otros. Abierta la subscripción nacional con objeto de elevar una estatua al Benemérito, y celebrar las fiestas de su centenario, la colecta produjo los resultados más lisonjeros: entre particulares, gobiernos de los Estados, Delegaciones y Comités, habían reunido hasta el 17 del actual, \$53,711.21, suma con la cual se pudo hacer frente á todas las erogaciones estables y extraordinarias del presupuesto de la Comisión Nacional, celebrarse las fiestas que presen-

ciáis, y dejar en caja un remanente de \$46,985.72.

La inopinada conclusión del concurso arquitectónico, fué para la Comisión, causa de perplejidades y fuente de problemas. ¿Debía, acaso, aplicar las cantidades recaudadas á la erección del monumento proyectado? Estas cantidades eran insuficientes, y, por consecuencia, lejos de tener dicha obra la grandiosidad y significación que quiso darle este Cuerpo, y que cuadra con la importancia del sujeto á quien se dedica, parecería mezquino y sin carácter.

¿Se debía, por el contrario, continuar la subscripción nacional hasta reunir la cantidad que fuera menester para realizar la obra con la grandiosidad deseable?

Traspasaba la Comisión Nacional sus poderes y se exponía á dificultades posteriores difíciles de zanjarse.

Por esto, y queriendo terminar definitivamente un asunto de verdadera trascendencia, resolvió consultar á quien correspondía que se aplicaran las cantidades recogidas; las que se colectaran en lo sucesivo y la suma que determina la ley de 18 de Abril de 1875, á un monumento á Juárez que se alzar á en la avenida que lleva su nombre.

Pero como la idea de la Comisión ha sido no sólo celebrar al órgano, heraldo y corifeo del partido liberal reformista, sino á sus amigos, colaboradores y partidarios, también se propuso la erección de un gran monumento á la Reforma que debe ser corolario y terminación de los otros que se colocarán en el paseo de aquel nombre.

La Comisión Nacional, que ha tenido en ocasiones repetidas, pruebas patentes del civismo é inteligencia del actual personal de la Secretaría de Gobernación, espera fundadamente que tomará por su cuenta la iniciativa tocante á los monumentos, y que la patria mexicana podrá rendir al grande hombre, á sus partidarios y á su



gloriosa época, los tributos de admiración que merecen.

Tal es, señores, en rápido resumen, la obra de la Comisión Nacional del Centenario de Juárez. De intento dejé para la último referiros lo más importante que en el orden de sus trabajos consiguió la agrupación que hoy da cuenta de sus actos al Gobierno que la nombró y al pueblo que la secundó noblemente con su aplauso y con su ayuda. Ese resultado consistió en extender y propagar el culto á la memoria del grande hombre que simboliza de manera admirable la época más azarosa de la vida de nuestro país. No hubo ciudad, villa, ni pueblo; no hubo mexicano amante de la patria á quien ocurriéramos en demanda de ayuda moral ó material, que no nos prestaran su desinteresado concurso y su aplauso valiosísimo. Permitid que á todas esas personas, agrupaciones y colectividades les demos las gracias desde esta tribuna, y que celebremos, como la mejor de nuestras obras, la de haber uni-

mismado la opinión nacional en esta circunstancia tan trascendental.

La Comisión no se lisonjea, ni por un momento, de deber tal resultado al influjo común de su conjunto ni al privado de alguno de sus miembros en particular; sabe bien que las fiestas que en la extensión del país se celebran, las numerosas estatuas del héroe que se inauguran, los loores que se le prodigan, obra son de la grandeza y del valer del gran mexicano, y que á la Comisión sólo toca haber sido, en esta vez, vocero y heraldo del pensamiento nacional.

Juárez recibe, en el Centenario de su natalicio, la prueba más palpable de que su figura ha entrado en la historia como años hace entró en la inmortalidad. Juárez resistió á la crítica fría y documentada, resistió á la calumnia, resistió á la diatriba con pretensiones de historia, resistió al odio póstumo, y ahora —lo estamos mirando— resistió al tiempo, que es el gran reactivo de la fama humana.



Las fiestas Presidenciales en Yucatán.— Arco de la Colonia Turca



## UNA EXPOSICION DE "SKETCHES" EN GUADALAJARA

Nota artística excepcional y simpática, ha sido la Exposición de estudios de Jorge Enciso y Rafael Ponce de León, en la Capital de Jalisco. Los jóvenes pintores hicieron un llamamiento á la cultura de su ciudad natal, y no salieron defraudados, pues no sólo acudió el público en masa á la exhibición de arte, sino que muchas de las obras que en ella figuraban, fueron adquiridas y pagadas á buenos precios. Cuando México, la metrópoli, quiera ufanarse de su cultura, no podrá



decir otro tanto. Las exposiciones de Arte que aquí se celebran, nunca son particulares, pues bien saben los artistas que aquí vegetan, la profunda indiferencia que se desplomaría sobre sus obras. Hay exposiciones oficiales brillantemente prestigiadas por los discípulos del Maestro Fabrés, único grupo que puede representar con decoro los resultados de la enseñanza artística oficial. En cuanto á las exposiciones privadas, tienen más carácter mercantilista que estético. Con largos intervalos, por fortuna, los talleres de España lanzan á nuestro mercado sus obras de desecho, lamentables paisajes de Granada,

patios y rejas sevillanos, marinas de Cádiz, y manolas de insoportable colorete con chulapos de aspecto abominable. Los que en México pretenden tener galerías de arte «á bon marché,» compran esos lienzos embadurnados por «maestros» ó poco escrupulosos ó atacados de periodos intermitentes de ineptitud. «De Madrazo,» de «Villegas,» dice orondo el burgués que se lleva un óleo firmado. Madrazo... Villegas, y ¿qué? ¿La firma es acaso una condición de belleza? «Maestros» son muchos sólo porque sus cuadros gustan al grueso público, y proporcionan ganancias á los mercaderes, y éstos son quienes, por



conveniencia mercantil, disciernen esos títulos magistrales. Lienzos hay que nada tienen de arte, que son valores bursátiles, y que en eso se asemejan á una acción de una fábrica de zapatos. Nuestros Medicis irrisorios, compran, pues (la rara vez que se atreven), no bellos cuadros, sino firmas cotizadas, aunque esas firmas se deshonen figurando al margen del más crasoso y mazacotudo «buñuelo.»

\*  
\* \*

Por sus fines exclusivamente artísticos, es simpática la exposición tapatía. La animó el talento de dos artistas, dos paisanos de La Gándara, de Javier Martínez, de Murillo y de Montenegro, de otros muchos artistas que produce aquella hermosa y privilegiada ciudad, verdadero almácigo del talento.

Jorge Enciso tiene cualidades excepcionales de artista. Es muy culto, tiene un sentimiento original y refinado, y luce en sus obras una bella simplicidad y una severa gracia. Tengo en mi estudio el original, que «Revista Moderna» publicó, de uno de sus más bellos dibujos. Se titula: «Los Reyes Magos,» y siendo el asunto tan tratado desde que el arte cristiano existe, es absolutamente original. Sobre un fondo gris de penumbrosa nubla, luce el ampo de la estrella legendaria, y hacia ella va lleno de unción y penetrado por el misterio el regio grupo. Rompe la marcha, vacilante, pero hierático y solemne, un emperador azteca. La figura es soberbia, justa, admirable. Va el monarca envuelto en el «kémítl» de franjas bordadas; ceñida la frente por el áureo «copilli,» de donde arranca la triple orejera, y hacia la espalda un airoso y soberbio penacho de plumería. En la diestra alza la ofrenda de aromoso «copali,» contenida en un

«tlémaitl,» de obra mosaica. No hay un detalle desde el noble rostro moreno y aquilino, hasta el «cactli» de talón exhoronado, que no proclame la majestad subyugadora del rey mexicano. Es, sin duda, Enciso, quien más intensamente, entre todos los artistas mexicanos, ha resuelto la suntuosa y viril imagen de un monarca de la patria primitiva. En seguida del emperador nahuatl, van un pesado rey asirio, de gran barba tubular, y un melancólico Faraón de Tebas, envuelto en el tenue calasiris y tocado con la corona blanca del alto Egipto. Ambas figuras son también bellísimas y llenas de carácter. Debe Enciso continuar inspirándose en esos asuntos del México primitivo. Contra la opinión de los críticos, que tienen en los ojos escamas de aligator, yo creo que un porvenir glorioso y fecundo espera al artista que, inspirándose en los soberbios vestigios de las civilizaciones muertas, reconstruya en obras vivificadas por el genio, el misterioso y terrible pasado de la Patria.

Rafael Ponce de León, aunque de talento menos trascendental que Enciso, tiene también grandes dotes y cualidades. Por muy joven, no intenta todavía el esfuerzo de que es capaz. Pero con positivas cualidades de colorista, tiene gran talento; es un caricaturista admirable, lleno de humor y de sentido cómico. Sus obras grotescas son en México célebres entre los inteligentes. Su dibujo del egregio pintor Centocapelli, es una obra maestra drolática y funambulesca. Toda el alma paradójica y errante del decrepito pintor, se retrata en las líneas sumarias que trazan su fisonomía.

Estos son los dos jóvenes pintores que han celebrado una Exposición, cuya significación artística los honra, y cuyo resultado honra á la inteligente y culta sociedad tapatía.

JOSÉ JUAN TABLADA.





## EL CONSTRUCTOR ESPIRITUAL

Sin contar los estilos importados de fuera y modificados según las exigencias locales, cada país tiene un estilo arquitectónico propio que se descubre en las construcciones pobres, en que lo natural está poco transformado por el arte. Para penetrar en el pensamiento íntimo de una ciudad, no hay camino mejor que la observación de sus creaciones espontáneas; porque, en las adaptaciones de lo extranjero á lo local, el espíritu trabaja sobre un tema forzado y no puede levantar el vuelo. Y la creación más espontánea he notado constantemente que es la más económica.

Lo costoso es enemigo de lo bello, porque lo costoso es lo artificial de la vida; en un país donde abundan los naranjos, una casita blanca en medio de un naranjal, sirviendo de contraste, es una obra artística; traslademos este cuadro á un clima del Norte, y hagámosle vivir dentro de una inmensa estufa, y lo bello se transformará en caprichoso ante la idea de que no es ya la naturaleza la que obra, sino el bolsillo. Una obra que, á primera vista, revela lo excesivo de su costo, nos produce una sensación penosa; porque nos parece que se ha querido comprar nuestra admiración, sobornarnos. El esfuerzo material debe quedar siempre anulado por la concepción artística; y pa-

ra conseguirlo en las obras de mucho aliento, es necesario que éstas estén espiritualmente emparentadas con las pobres y humildes que nacen del natural sin violencia y que por esto son en cada pueblo las más típicas.

Lo típico es lo primitivo, es lo primero que los hombres crean al posesionarse del medio en que viven; y lo primero debe ser, y es lo que exige menos gasto de fuerzas. En un país llano y lluvioso, como Flandes, nada más sencillo para disfrutar de medios fáciles de comunicación que cubrirlo todo con una espesa red de canales; y surge la ciudad acuática, no al modo de Venecia, sino descolorida y melancólica, como envuelta en gasas de tenue neblina. Esa misma llanura del suelo les permite tener caminos más cómodos para andar por ellos que nuestras mejores calles; y como el transporte no exige el empleo de grandes fuerzas, viene otro rasgo típico: el carricoche ó carretón tirado por perros. El tráfico menudo dentro de las ciudades, y entre éstas y los campos, corre á cargo de los utilísimos perros, que, con el hábito, llegan á adquirir energías sorprendentes. ¡Cuántas veces he visto tres ó cuatro perros uncidos, tirando de una familia numerosa y tan repleta de carnes, que de ella sacaríamos en España dos familias de buen ver! Si de las planicies



lluviosas pasamos á las planicies nevadas del Norte de Rusia, ya no hay que hacer caminos, todo es camino; y aparece el trineo que, en substancia, se reduce á una banqueta colocada sobre dos largos patines; aquí no sirve el perro, pero está el caballito tártaro, que no corre, sino que vuela, sin que lo fusliquen jamás. Todo es trineo; el que ha de transportar algo no lo lleva á cuestas; lo coloca en un trineo de mano y, en cuanto llega á una pendiente, se monta encima y se deja ir: la montaña rusa. En cuanto á las construcciones arquitectónicas, como lo que más se cría es madera, lo característico es, desde luego, la casita de madera; encaramada sobre la roca viva ó sobre muros hechos imitándola.

La naturaleza dotó nuestro suelo con espléndida vegetación; y nuestro primer movimiento fué aprovecharla; y nació lo que es típico en nuestra arquitectura: el enlace de las construcciones con las flores y las plantas. Muchos pensarán que una huerta, un ventorrillo, una casería ó un carmen, no contienen en sí los elementos de un estilo arquitectónico bien definido, puesto que, en cuanto construcciones, son casas que poco ó nada difieren de las demás: que lo esencial en ellas, no es un rasgo artístico, sino algo que crea el ambiente, y que no tiene nada que ver con la arquitectura. Sin embargo, es tan decisiva la influencia de la construcción, que si en una huerta ó un carmen se edificara un palacio, todos estarían conformes en decir que aquello era un palacio, que ya no era una huerta ni un carmen. Porque idealmente concebimos la relación permanente que, según nuestro carácter, debe guardar la obra del hombre con el medio; y esta relación es la clave de nuestro arte arquitectónico y de nuestro arte general. Nosotros, en arquitectura, comenzamos por reconocer que no es posible luchar contra la realidad; que, por muy alto que lleguemos, nos quedaremos siempre muy por abajo de lo que nuestro suelo y nuestro cielo nos ofrecen. Artistas de más imaginación que nosotros, los árabes, no lucharon tampoco frente á frente, sino que

lucharon escondidos en sus casas, y crearon una arquitectura de interior. Así, pues, nos sometemos, y en este acto de sumisión está el alma de nuestro arte. Nuestra huerta, es la huerta humilde; nuestra casería es tan sobria y adusta, como los cigarrales de Toledo; nuestro carmen, es una paloma escondida en un bosque, para emplear la frase consagrada por los poetas; y la casa de la ciudad, nuestra antigua casa, no era casa de apariencias, de mucha fachada y poco fondo, era casa de patio. El arranque decorativo más audaz que registran las historias, es la reja, la ventana ó el balcón adornados con tiestos de flores. Esa mujer que riega sus macetas á la ventana, ese hombre que arroja brochazos de cal á las paredes de su casuca, hacen más por nuestro arte, que el señorón adinerado que manda construir un palacio, en que se combinan estilos estudiados en los libros y que nada nos dicen, porque hablan una lengua extraña que nosotros no comprendemos.

En muchas exposiciones extranjeras he encontrado cuadros que me han hecho pensar sin vacilación: esto es de Granada. No porque reconociera el lugar representado por el artista, pues, á veces, los artistas descubren rincones ignorados ó ven las cosas desde puntos de observación originales que las transforman, sino porque en aquellos cuadros leía yo de corrido, como en un libro nuevo de un autor de quien ya conociera todas las obras publicadas. Y en efecto, he buscado los catálogos y he visto que eran cosas de Granada; y lo que he encontrado con más frecuencia —aparte de las reproducciones de la Alhambra, á las que aquí no me refiero,— son calles estrechas, quebradas, las casas de planta baja con parral á la puerta, con enredaderas en la ventana, con tiestos en el balcón, y entre ellas blancos tapias por los que rebosa la verdura. Un extranjero descubre el carácter de los países que visita, y da lecciones de buen gusto á las gentes del país; un extranjero que fije su residencia en Granada, habitará en un carmen ó en una casa que tenga algo de carmen.



Yo no comprendo cómo la casa de pisos ha podido sentar sus reales en nuestra ciudad; cómo la portería ha matado el patio andaluz; cómo las salas bajas se han transformado en portales de comercio menudo, obligando á los ciudadanos á pasar los meses de calor en los pisos altos, en ropas menores. La culpa no es de los arquitectos, que en nuestra época, más que hombres de ciencia ó de arte, son acomodadores. El problema que se les obliga á resolver no es estético, ni siquiera higiénico; se les pide que construyan casas que cuesten poco y que den mucha renta, y para ello no hay otro recurso que encasillar muchas personas en muy poco terreno. Y lo peor no es lo que se ve, sino lo que se prevee que ha de ocurrir; porque, marchando contra la evidencia, nuestra sociedad ha condenado ya al desprecio la casa antigua, libre y autónoma, y ha decidido que lo elegante sea el piso á la moderna. Y este resultado se percibe á las claras que es debido á la lima sorda de las mujeres.

Nuestras mujeres piensan demasiado en casarse, y creen que para simplificar el casamiento hay que prescindir de la casa, y atenerse al piso: una casa exige muchos trastos, es cosa formal; y hoy todo debe hacerse á la ligera, provisionalmente. Bello es, sin duda que una mujer se resigne por amor á vivir en una buhardilla; pero la belleza está en la resignación; en que su idea es más alta que la realidad; mientras que ahora no ocurre eso, sino que la mujer, perdiendo su antigua concepción de la vida familiar, recortándose como la figurita de un cromó, considera el «pisito» como su «be-

llo ideal,» y se hunde en los abismos de lo ridículo, hablando de ensueños de amor, cuyo marco invariable es la «casa de muñecas,» donde el alma está encogida por el sentimiento de lo pequeño y de lo artificial. Si se deja la casa por el piso, el casamiento se convierte en «pisamiento,» en aglomeración de cosas y personas, que se atropellan por falta de espacio; la variedad de las actitudes desaparece, y no hay medio de conservarles su gravedad ni su nobleza. He notado que todas las mujeres que se acercan á abrir la puerta de un piso, toman momentáneamente el aire de criadas. Aunque se tenga un exquisito gusto artístico, y se atesore una rica colección de objetos de arte, el conjunto produce la impresión de un baratillo, porque se nota á seguida que falta la unidad, que el recipiente, el edificio, es de estructura prosaica.

En las casas antiguas, una mujer es una galería de mujeres; cuando está en las salas bajas, recuerda los tiempos en que la reja era reina y señora de nuestras costumbres; en los patios, meciéndose en el balancín, toma matices orientales; en los salones grandes y destartados parece una figura arrancada de un viejo tapiz; asomada á lo alto de una torre, trae á la memoria la época de los castillos y las castellanas. Y nosotros, que tenemos en las venas sangre de árabes, de polígamos, nos forjamos la ilusión de que una mujer es un harém, y vivimos, si no felices, muy cerca de la felicidad.

Mediten las mujeres.

ANGEL GANIVET.







## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

"Raza que muere," POR EUGENIO DÍAZ ROMERO. Buenos Aires. 1905.— El autor de un tomo de versos "Harapas en el Silencio," cuyo título no es lo único que recuerda la deliciosa vaguedad de Rodenbach, el director del culto Magazine que se llamó: "Mercurio de América," nos envía un poema dramático titulado "Raza que muere." Aunque el escenario de la obra sea la "estancia" argentina y gauchos sean sus personajes, su carácter no es ese regionalismo inabordable para quien no está armado de una clave etnológica. Lejos de ello la obra es americanista, continental, y por innumerables razones la psicología de sus héroes es la de los aborígenes que en la América perduran y viven obscura y obstinadamente á pesar de las expoliaciones, los despojos, los ultrajes y todas las abominaciones cometidas en los cuerpos y en las almas por el Conquistador cubierto de hierro y por el fraile vestido de estame-

ña. En un prefacio lleno de probidad literaria protesta Díaz Romero contra la oprobiosa literatura que allá, como aquí, ha usurpado el nombre de "teatro nacional." Los autores que vulneran el arte por sobar el lomo bestial de la multitud, "han hecho del tipo gaucho la base de sus creaciones, transformando ese noble tipo de nuestras pampas, este hijo predilecto de nuestros bosques, ese rústico poeta de las montañas andinas, en una especie de idiota pasivo, incapaz de acción y sentimiento, predispuesto al crimen y á la vagancia, sólo accesible á propósitos de venganza, de resistencia, de encono; inclinado sempiternamente á la pelea, bajo la influencia alcohólica ó de los celos bestiales, errando de pulpería en pulpería con la guitarra á la espalda y el facón á la cintura".....Reaccionar contra ese tipo adulterado es un propósito digno de un artista como Díaz Romero, á quien distinguen la cultura y la honradez



profesional, y en su obra restituye al tipo bastardeado "la faz brillante y extraña de su espíritu, que en veces se diría llena de soledad y en veces de melodía; su valor, su sufrimiento, su resignación, todo eso, en fin, que hace de él una de las naturalezas más complicadas é interesantes, más raras y sugerentes, más férvidas y voluptuosas" . . . . Ha logrado ese propósito el autor de "Raza que Muere," y sin restricción alabaríamos su obra si en ella el interés estuviese más sostenido y el estilo tuviera mayores prestigios.

**"El Libro de mis recuerdos,"** POR ANTONIO GARCÍA CUBAS. México, 1905.—Pocos libros son tan interesantes y tan útiles como el que últimamente y con el título de estas líneas, ha publicado el Señor Ingeniero García Cubas, en magnífica edición, ilustrada con quinientos grabados. Hoy que México se transforma y pierde cada día sus caracteres de gran metrópoli colonial, para asemejarse á una de tantas ciudades modernas, es cuando se manifiesta la utilidad de una obra como el interesante y sugestivo "Libro de mis recuerdos." Hojear esta obra, es hacer una melancólica excursión al pasado de la metrópoli, es ver redivivo su bello aspecto arcaico y legendario, que cada día se desvanece más, entre las ruinas de sus palacios derribados, víctimas propiciatorias de un progreso que á juicio de muchos pensadores (el gran Ruskin está entre ellos), no vale los sacrificios que se hacen en sus aras. Una gran poesía se desprende de esas páginas, una poesía umbrosa y claustral; la poesía de los boscajes de naranjos plantados en arriates de azulejos, en los patios conventuales; la poesía ecle-

siástica de los brocados áureos saturada de incienso tras de las rejas de un coro; la poesía de la suntuosidad del culto, en viejas épocas de fe; la única pompa y la sola magnificencia, que después de la brava épopéya del imperio nahoa, haya tenido nuestro país. El autor une su emoción personal á la evocación de ese pasado: de aquí que su obra, si no por su estilo mismo, sea por su esencia intensamente poética. No es recordar, hacer poesía? La primera parte de la obra, dedicada á las órdenes religiosas y á los monasterios, es acaso la más bella por intensamente sugestiva. La segunda: Tipos y escenas sociales, es interesante y pintoresca, y en la tercera: Asuntos históricos y descriptivos, hay episodios de alta significación en la vida de la Patria, y evocaciones de hombres notables en la historia política y social.

La obra del Sr. García Cubas debe figurar en la biblioteca de todo mexicano culto. Es un bello y piadoso monumento al pasado del país, acumulado y condensado en su Metrópoli, y tiene datos preciosos que en una historia sería imposible ver registrados, pero que en esta interesante crónica constituyen una información detallada y de inestimable valor. La parte de ilustraciones del "Libro de mis Recuerdos," constituye por sí sola un tesoro de documentos gráficos, que en vano se buscarían en otra parte:

**"Un polemista infiel."** SUPUESTOS ERRORES DE UN COMPENDIO DE HISTORIA DE MÉXICO, POR LUIS PÉREZ VERDÍA. Guadalajara, 1906.—Interesante folleto de polémica histórica, en que el autor se defiende victoriosamente de críticas adversas á su conocida obra de Historia Nacional.



**"Dos poemas,"** POR E. MAQUEO CASTELLANOS. México, 1905.—Está uno de ellos inspirado en la lírica vida del gran poeta Byron. Se citan al final las últimas palabras del autor de Don Juan: "Now it is time to sleep." Y el autor queda persuadido de que la cita es oportuna....

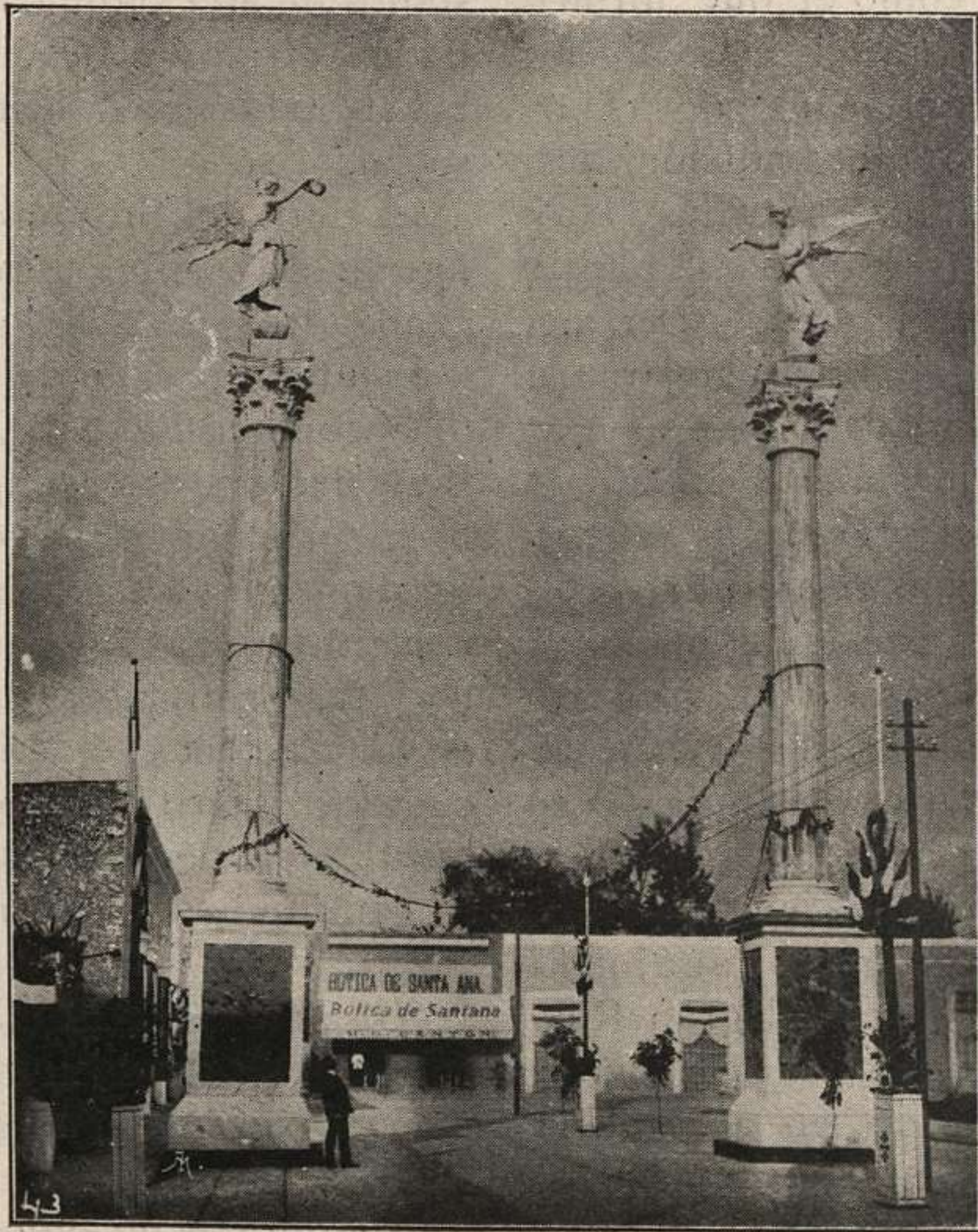
**"La Juareida."** POEMA POR G. DI SCEFANO. Puebla, 1906.—Con epígrafos en francés, inglés, latín y griego, pretendiendo ser un homenaje á Juárez, resulta este poema un monumento de estulticia, indigno de evocar la

gran memoria del héroe. Ignoramos si habrá sido premiado en algún concurso.

**"El grito de las Islas,"** POR SOLÓN ARGÜELLO. México, 1905.—Colección de malos versos que varios jóvenes artistas de talento, ilustran con inocente, con prerrafaelita complicidad. Copio de todo el volumen la única sonoridad: "Por la Lira." Para Rubén Darío. Mi eximio compatriota." Lo cual debe ser cierto.... geográficamente.

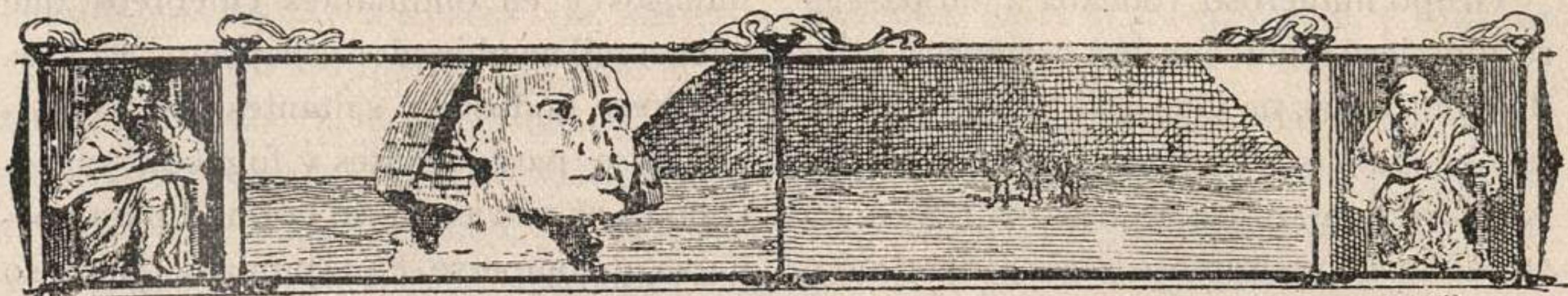
J. J. T.

#### LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN YUCATAN.



Arco de la Colonia Italiana.





# LA JUANITA

## I

Era el 27 de Enero de 1873.

«La Juanita» se aparejaba para hacerse á la vela aquella mañana hacia Tlacotalpan, con escala en Alvarado, y sólo esperaba tener á su bordo el último pasajero para levar ancla y tomar rumbo.

Aún no amanecía: tenue neblina, como velo diáfano, opacaba las luces del heroico puerto y hacia confusos los contornos firmes del caserío y las líneas severas de las altas torres; los ojos ciclópeos de los faros «San Francisco» y «San Juan de Ulúa,» lanzaban sus irradiaciones de luz blanca, abriantando la neblina el uno, y haciendo más visibles las efervescencias del mar, el otro; parecían en la obscuridad de la noche dos titanes, que encadenados equidistantes, esquivaban el verse; pues tan luego el de «San Francisco» abría intensamente su disco luminoso en dirección del de «Ulúa,» cuando éste dirigía su ojo airado sobre «Sacrificios,» marcando un ángulo de luz en cabrilleos trémulos por las aguas movibles y negras.

En los muelles todo dormía cual arrullado por el mugiente sonar del agua que

golpeaba, en rítmicos vaivenes, la hosca y porosa piedra del muelle *fiscal*, que tenebroso y cuadrangular, dilataba su vetusta mole fuera de la playa circuida de espesas y obstinadas murallas.

Ni el chirrío de los pernos, ni el rodar de las carretillas, ni el vocerío de los boteros, ni el rechino de las poleas, nada ni nadie interrumpía el silencio de la noche ni la soledad del muelle, cuyas luces de un rojo opaco parpadeaban en los duros postes de las grúas, siniestras horcas que en aquella obscuridad extendían sus rígidos y afrentosos brazos.

Poco á poco comenzaron á entrar por las dos puertas férreas del muelle, tomadas de orín por las salobres brisas del mar, los pasajeros que llevaría «La Juanita,» unos embozados para abrigarse del relente; otros con puros encendidos que estrellaban de ardentías la negrura ambiente; con pasos tardíos los más y con carraspera expectorante no pocos; los *guardareños*, encorvados bajo el peso de los equipajes, llegaban presurosos y deponían su carga al pie de los escalones de piedra que en ambos flancos del muelle se suceden.



Grupo numeroso rodeaba á un pasajero que despedían con los cariñosos saludos de ¡Adiós, mi General!. . . ¡Buen viaje, General!. . . En tanto los botes fueron echados al mar; armáronse los remos en sus estrovos, empuñóse la caña del timón, y los pasajeros, con salto temeroso y mano temblona, particularmente las mujeres, pasaban de las escaleras á la borda de las pequeñas embarcaciones de transporte.

Se escucha el golpe acompasado de los remos á boga larga, y botando el timón á estribor sobre el agua que aún adormitada refunfuñaba; distintamente suenan seis campanadas en el reloj de Palacio; en seguida, el faro de «San Francisco,» cerró su ojo luminoso y se entregó al descanso con pereza muy propia de un trasnochador, y el de «Ulúa,» por no ser menos, entró en reposo también.

Una faja blanquecina y brillante iluminó el horizonte por el Oriente; el mar á trechos se argentaba; las múltiples lucecitas, que antes cabeceaban en los mástiles de las embarcaciones que pueblan la bahía, extinguieron sus claridades cual tímidas luciérnagas al primer rayo poderoso del sol naciente; después, un inmenso incendio de reflejos sonrosados aclaraban y teñían el cielo que hundía, con la majestuosidad de un manto flotante, su azul cobalto en las aguas añiladas del Golfo.

En la cruz de señales de «El Caballero Alto» se izó un gallardetón colorado, y debajo de él una esfera negra, signos anunciadores de que había «vapor á la vista.»

El agua de la bahía, que al amanecer estaba azulosa, se fué descolorando hasta tomar tonos glaucos con las luces matinales; el sol doraba y quemaba todo cuanto tocaba con sus destellos; reflejándose en el color variado y lustroso de los botes, que como cachorros se pegaban á la borda de las grandes embarcaciones, se quebraba en cambiantes movibles, en viscos

intensos y en ondulantes culebreos, que hacían mil combinados espejismos, ya alargándose undosos y saltantes, ya sumergiéndose parpadeantes y fugaces, ya corriendo en el vaivén de la onda para apagarse al romperse en espumas el impulso de las aguas; las descomunales boyas, tizadas de óxido, inamovibles, levantaban sus argollas resistentes, de las cuales pendían tirantes y gruesos cables que aseguran las naves en el fondeadero; las pesadas lanchas de conducir carga, con sus mástiles rectos, largadas las velas y tendidas las escotas, se balancean gravemente; los vaporcitos remolcadores, encienden sus máquinas, y por sus ennegrecidas chimeneas lanzan humo, cuando blanco, cuando negro, cuando cenizo, cuando terroso, cuando sepia; ora en espirales, ora en borbotones, ora en hilillos hasta perderse ligeramente en el firmamento; por el Oriente se dilata inconmensurable línea áurea, sonrosada en sus bordes, con interposiciones de fajas blancas; cabrillea á ratos para esfumarse luego; y por el Noroeste, un cielo azul á retazos, brumoso por el Norte, refleja tonos escarlatas y violados, donde las velas alzadas de las barcas pescadoras se suceden cual bandada de gaviotas que emprenden el ignoto vuelo.

Al frente, Veracruz se levanta con el colorido de una ciudad morisca, dibujando el rectángulo uniforme de su caserío, sobre el cual las torres empinan sus altiveces de minarete, y los miradores de forma cúbica, á modo de mayúsculos dados, se asientan en el plano recto de las azoteas; las viejas iglesias arquean sus domos á distancia unas de otras; allá la cúpula de la «Pastora;» después, la torre del faro «San Francisco» se enseñoorea, con porte gentil, del horizonte; en seguida, la media naranja de la Parroquia brilla y deslumbra: creeriase de plata maciza la tersa superficie de sus bruñidos azulejos,



heridos por los rayos solares; del austero «San Agustín,» no queda más que la rechoncha cúpula, la cual, coronada por el cupulino, recuerda la grave cabeza con cerquillo de fraile descalzo; y atrás, poniendo cerco al cariz de las fachadas y á la altanería de las torres, el ocre, tirando á rubio de los médanos, ciñe con sus ondulaciones suaves la extensión iluminada y alegre de la ciudad tres veces heroica, que muestra honrosas cicatrices en sus muros, y tiene por guardianes junto al mar, el baluarte «Santiago» por un extremo, y el de la «Concepción» por el otro, cual viejos veteranos, que en la boca callada de sus cañones conservan la historia de sus patrióticas hazañas. . . .

Estaban ya á bordo todos los pasajeros del pailebot «La Juanita,» al mando de Pancho Vera, y tripulada por seis marineros, un contramaestre y un grumete.

Pancho Vera, es bajo de cuerpo, lleno de carnes, mozallón vigoroso y no desgarrado; pelo bermejo, de una cabezota que no sofoca el sol ni la tormenta abate; caraza roja, ojos grandes, deslumbrados; la pupila de color azul claro estrellada de gris; la boca grande, pero de finos labios apretados; dentadura fuerte y completa, que lo mismo sirve para deshacer la vuelta de una escota ó el duro nudo de una ballestrinque, como para llevar la afilada faca cuando en algún percance tiene que habérselas en contienda abierta con los tiburones; sobre el labio superior, y en la mandíbula inferior, se le ven veladuras azuladas que indican la recia barba pronta á crecer, pero contenida en feracidad tan montuna por el uso de la navaja que se ejercita continuamente en la rasura; sus manazas son carnosas, velludas, fuertes como aspas de hélice, y dadivosas como de padre mercedario; el pecho avante—coraza para las olas y escudo impenetrable al miedo,—sirve de pantalla á un corazón

generoso hasta la prodigalidad, y sensible hasta las lágrimas.

Los otros marineros son hombres valientes, arrojados y temerarios (según las circunstancias), que obedecen á pie juntillas las órdenes del patrón, y aman el barco como á un pedazo de arteria arrancado á las entrañas de su terruño.

Son fuertes, musculosos, con barbas nazarenas y ojos moriscos, bocas gárrulas y blasfemadoras, que acompañan sus duros trabajos de imprecaciones horribles, de palabras sucias, destempladas y obscenas, tan brutales, que no hay oídos castos ni pechos piadosos que puedan resistirlas.

Entre ellos son de notarse: «Calzón *aguado,*» así llamado porque lleva de diario pantalones muy anchos de mahón azul ó lonetilla, los cuales se hinchan como mangueras en subiendo el tal por los flechastes á los masteleros, á ejecutar alguna maniobra con viento fresco. «Tío Tonina,» alto, delgado, pero atlético; rasurado del bigote, de sota barba negra y un tanto crespa que, á manera de barbiquejo, le sirve de marco á la angulosa quijada para darle aspecto de lobo marino. «El Juile,» chaparro, cuadrado de estructura; diríase una masa de carne hecha en forma de cubo; todo es cuadrado en él, desde el rostro, siempre barbihecho, hasta los pies descomunales y recios como pisonés. «El Cangrejo,» rojo, con la rubicundez de crustáceo acabado de salir del agua hirviente; sus manos atenazan con la fiereza de antenas, los dedos de sus pies son garfios, y para subir á los obenques lo hace con la agilidad de una ardilla, no obstante su corpulencia, suspendiéndose con las manotas, y sosteniéndose con los pies por el dedo gordo y su compañero, á la manera tenaz de un cuadrumano.

El cocinero es churillero por costumbre, y cantador á ratos; le atufa cualquier quisquilla, y todos lo miran de reojo; pero



le toleran y miman por aquello de que es quien condimenta y reparte el rancho á bordo.

Los otros son tipos netamente alvaradños; diestros marinos y pescadores arrojados; con barbas de zamorro, abundante vello erizado en todo el cuerpo, color quemado por el mar, vista certera y manos diligentes; con el pantalón más abajo de la cintura, obligado á sostenerse por el rigor de la especie de cingulo que usan, y que muchas veces no aprovecha, pues se bajan de cintura, y se van de costado por el peso de la faca enfundada que al cinto llevan del lado de la cadera.

—¡Ejtamos listo!—gritó el patrón.

—¡Sí, de toíto!

—¡Puej arriba ese bote!

Y en un periquete el pequeño esquife estuvo sobre cubierta.

Los pasajeros fueron acomodados, y, de tal suerte, que no interrumpieran las maniobras de los marineros.

Estaban á bordo hasta sesenta pasajeros, entre hombres; mujeres y niños, y con ellos el General Porfirio Díaz, que venía á Tlacotalpan.

Se volvió á oír el vozarrón del capitán, dando órdenes al contraamaestre.

—¡Nuestro amo— así nombra la tripulación al contraamaestre,— aliste para la salida!

Y el contraamaestre ordena á sa vez:

—¡Vamos, Chano, quita con el muchacho las capas á las velas!

El cocinero con el grumete, no sin rezongar el primero, comienzan á desnudar las velas de sus abrigos de lona embreada.

—¡Vamos, muchachos, á levar!

Cuatro marineros corren al molinete de proa; toma cada quien un espeque, lo engranan en la escopleadura del aparejo, echan el cuerpo hacia adelante, empujan con fuerza, y, ¡aaaó!. . . . . ¡aaaó!. . . . . ¡aaaó!. . . . . ¡aaaó!. . . . .

El molinete giraba á cada impulso, y la cadena gruñía con gran estruendo. . . .

—¡Vamos, muchachos, que ya está cerca el grillete—gritaba el nuestro amo para alentar la faena.

—¡Vamos, muchachos, que se pasa el terral!—repetía el contraamaestre para acelerar la maniobra.

—¡Aaaó!. . . . . ¡aaaó!. . . . . ¡aaaó!. . . . . aaaó. . . . .

Y seguía el gruñido de la cadena, y la queja del molinete, y el estribillo de los tripulantes, en tanto «nuestro amo,» en el castillo de proa observaba la operación, y á cada paso veía la cadena, hasta que se fué á la banda de estribor, y mirando al fondo, dijo:

¡Bueno, ya estamos á pique!

El ancla se encuentra en el fondo perpendicularmente al escobén.

Dos marineros dejaron el molinete y echaron manos á las brioles y amuras del trinquete.

¡Iza trinquete!

Paulatinamente se va desplegando la vela, hasta que queda tirante, entonces se escucha otra vez la voz de mando:

¡Relinga boca. . . . ! ¡Relinga ese pico! El trinquete está listo.

Se sigue la mayor. Izada la mayor, vuelve el contraamaestre á gritar:

¡Arriba la escandalosa!

¡Rás!. . . . . ¡rás! ¡rás! Ya que corona el mastelero:

Amurar esa escandalosa!

—¡Cangrejo, iza el foque!

—¡Juile, arriba ese fofoque!

Los amantillos, escótas, vientos, drizas y brioles que se restiran; los garruchos que gimen; los bertellos que golpean; los cabilleros que rechinan; las velas que flamean; los marineros que imprecan; voces, ruidos y carreras, forman un estruendo y gritería tal, que no es bastante el bramido del mar á ensordecerlos.



Todas las velas están izadas. El grave foque, el ágil fofoque, el oportuno trinquete, la majestuosa mayor y la previsoramente escandalosa dan al aire sus lonas tensas y blancas, en espera de viento que las infle para arrancar la embarcación de su fondeadero, y hacerla tomar rumbo.

La tripulación retorna su pericia á la proa; se pegan otra vez al molinete, tiran con fuerza, y el ancla, que como enorme crustáceo vino arando con su uña fenomenal el inexplorado y temible fondo del mar, se desprende al cabo, y sube hasta que su arganeo toca el escobén, el cepo golpea la banda, y la cruz queda colgada balanceándose en el vacío; entonces grita nuestro amo al capitán, que está con la caña del timón empuñada:

¡Vamos, levado!

El capitán da la caña hacia babor para sacar el barco por estribor.

«La Juanita» gira y no cae; las velas se sostienen lacias y quedas.

El patrón aulla con voz de trueno:

—¡Cangrejo, acuartela foque sobre babor!

—¡Acuartelen trinquete sobre babor!

—¡¡Qué acuartelen trinquete sobre babor!!

—¡Vamos, muchachos! acuartelen esta mayor por estribor, que hay que pescar el poco viento!

El barco cayó y se deslizó suavemente impulsado por un viento muy débil del Noroeste.

La mar estaba como un plato.

«La Juanita» á las bordadas salió despaciosamente del puerto, cual si le doliera con los pasajeros dejar atrás el espléndido paisaje de la bahía, iluminada por toda la intensidad de un sol hermoso y desceñido de nubes oscuras que empañaran sus tibios y dorados reflejos.

No obstante, la marcha despaciosamente de «La Juanita» el pasaje no desesperaba de

hacer un viaje redondo y seguro; confiaba en la experiencia de Pancho Vera, habituado á las sorpresas y perfidias del mar, y en la fama de velero que tenía el barco, el cual era de sólida construcción, amarrado con clavazón de cobre, de 75 toneladas de porte, con 11 pies de calado, y navegaba con cuatro cuartas sobre el viento; tales y tan buenas condiciones, unidas al surtido y fuerte velamen y á la fina y gallarda arboladura, lo declaraban rápido y audaz.

«La Juanita» tomó el derrotero denominado «camino de tierra,» pasando entre «Sacrificios» y «Los Hornos,» y siguiendo el litoral del «abra de Medellín» ó «Boca del Río.»

A distancia se veía «Sacrificios,» coronada de espumas; más cerca, «Anegada de Afuera;» esta isla pequeña es triste, con tristeza que duele; desierta, tendida á lo largo del mar, semeja el lomo de un cetáceo á flote, de dorso brillante y acorado, inofensivo, dormido con sueño que mecen las ondas prendidas con velos de immaculada espuma, y circundada de islotes hoscos, puntiagudos, que levantan sus zarpas como guadañas de muerte, y cantan en sus playas solitarias la canción de las olas que se quejan con la angustiosa dolencia de naufragos que sucumben. . . .

A lo lejos un trasatlántico surcaba las aguas de mil tonos teñidas, lanzando penachos de humo, que la falta de viento deshecho permitía ascender á gran altura, para borrar con su tizne la limpidez del horizonte, y quedar después esparcido en el aire á igual de vellones negros de insólita borregada que una mano invisible apacentara en la azulosa inmensidad del cielo.

Era cosa de las once de la mañana.

Los pasajeros, en grupos diseminados por la cubierta, alegres contaban tal cual peripecia ocurrida al navegar en barcos de



vela; el general Díaz venía rodeado del mayor número de pasajeros, y entre charla y charla, bien del rumbo de proa, bien del de popa, brotaba un ¡Viva Porfirio Díaz! sonoro, espontáneo y entusiasta. El cocinero ya tenía la sartén á la lumbre; chirriaba la manteca, y de una marmita, puesta á borbotear, trascendía un tufillo agradable, que se entraba ligero por el olfato para incitar el apetito á más de un estómago en ayunas por la hora tan de madrugada del embarque; el cocinero, entre tajada y tajada, que con mucha parsimonia iba sacando de una robusta cebolla, cantaba desacordadamente:

¡Ay, morena, morena, morena!  
¡Ay, morena de mi corazón!

Y de esta cantinela no pasaba su contento.

De vez en cuando se oía:

¡Orza!

¡Listo!

¡Caza escota!

De pronto, una ráfaga intempestiva hace sacudir furiosamente los rizos en la superficie tirante de las velas; después flamean; en tanto pasan, llevados por otra ráfaga, filamentos como telas de araña que flotaban á lo largo en la atmósfera; á estos indicios sucedió el de una espesa neblina por el lado del Norte; el mar se pone obscuro y el viento cambia al Oeste.

—¡Norte tenemos!—anuncia un pasajero.

—¡Norte!—contesta la tripulación.

Cesó el canturrear del cocinero que se las prometía galanas con el condumio que estaba aderezando; callaron los pasajeros sus cuentos y anécdotas; la marinería iba de proa á popa preparando cabos, aferrando lonas, y desalojando la cubierta para poder ejecutar libremente las maniobras que se sucederían. Súbitamente flamearon las velas; la botavara giró con

fuerza sobre babor; el mando de bajar á la cámara fué terminante; sólo quedaron en cubierta algunos pasajeros, que no impedirían las faenas marítimas. Se cerró la cámara; se cubrieron las escotillas y los portalones.

Sopló el viento fresco; zumbaba el velamen; crujían los mástiles; las olas, desencadenándose cada vez con más fuerza, batían la banda de babor, de popa á proa, salpicando de espuma la cubierta, é inclinando el barco de estribor con peligro de tomar agua.

El mar se puso negro como pizarra; nublóse el sol; por el firmamento corrían en legiones endemoniados nubarrones pardos, cenizos; no se veía la costa, y se adivinaban los bajos y arrecifes por las montañas de espumas que hervían iracundas en sus riscos y pedruscos.

El viento seguía fresco; pero aún no se declaraba la tormenta.

## II

¡Vamos á largar esa escandalosa!

El tío Tonina, con una velocidad que no disminuía la fuerza del viento, subió por el obenque del palo mayor hasta el mastelero.

¡Ejtamos listo!

Nuestro amo manda:

¡Iza y caza *iscota!*

Guarnida la escandalosa, ordena:

¡Carga y aferra escandalosa!

«La Juanita» siguió navegando con todas sus velas, menos la escandalosa, y puso proa hacia «Antón Lizardo,» en busca de abrigo contra el Norte, que con furia creciente se venía encima; eran de verse su ligereza y gallardía para evitar los escollos y arrecifes que ejrizan, circundan é impiden el paso para entrar á «Antón Lizardo;» tomó por el «abra de Medellín,»



y obediente y dócil al timón, y fiel y presurosa por las velas, esquivó, con bordadas prodigiosas, y tumbándose, y ladeándose frecuentemente, «Blanquilla,» «Chopas,» «Cabezo» y «Rizo,» y en saliendo de ellas arreció furioso el Norte; el contramaestre mandó tomar dos fajas de rizos á la mayor y otras tantas al trinquete; de allí á poco, como aumentara el viento, se oyó formidable la voz de Pancho Vera:

¡¡Arria y aferra fofoque!!

Y con el foque desplegado, y casi á palo seco, entró «La Juanita» triunfante á ponerse entre «Antón Lizardo» y «Salmedina.»

El barco quedó al paio.

¡¡Fondo!!

En todas estas maniobras, el capitán no quitaba ojo de las velas ni mano del timón, y los tripulantes estaban en el rancho de proa; cuanto á los pasajeros quedados sobre cubierta, iban pálidos y temerosos; unos, agarrados fuertemente á los obenques, y otros, de los cabos pendientes de las jarcias. El General Díaz, inmutable, junto al palo trinquete, contemplaba las maniobras, estimulaba á los marineros con voces de aliento, y daba al viento su cabeza descubierta, porque una racha le había arrebatado el sombrero. . . .

«La Juanita» cabeceaba de babor á estribor muy lindamente; los pasajeros, en su mayor parte, estaban con las ansias del mareo.

Nadie piensa en tomar alimento.

La noche cierra, y se iza en proa el farolillo de esfera.

Se durmió mal aquella noche; si dormir es estar tumbado sobre duras tablas dando vueltas y más vueltas; se improvisaron camas las brazolas de las escotillas, las tablas de los portalones, las planchas de descargar; y eran camarotes los caramancheles, los pañoles y los sollados; la cámara, pequeña y sucia, se destinó para las muje-

res y los niños; al General Díaz le ofreció su camarote Pancho Vera, y el General lo rehusó, diciendo que se lo cedía á alguna de las señoras que venían á bordo y no tenían cama.

Al otro día el viento del Norte no cesaba, y hasta el barco, un tanto en sosiego, llegaba el retumbo desesperante del mar, que con su furia amenazó de naufragio á «La Juanita.»

Evitado el peligro, renació la calma y la alegría, y vino la confianza al espíritu atribulado de las mujeres, que todo se les iba en rezar, en hacer votos y en ofrecer promesas á sus santos favoritos y milagrosos.

El cocinero ya andaba desde muy temprano haciendo lumbre en el apagado fogón, levantando cacharros y casos que los tumbos del barco habían arrojado de sus habituales lugares; expurgaba el arroz y remojaba los frijoles, y entre ajetreo y diligencia, metía una miaja de canturia destemplada y sosa, pero muy de su gana para acompañarse en las faenas culinarias; Cangrejo, tío Tonina y el Juile, sentados cerca del botalón de proa, conversaban animadamente, mientras Calzón *aguado*, ¡ah picaro! jugaba á la baraja con un pasajero y lo desplumaba despiadadamente, y el contramaestre, muy campante, daba frecuentes chupetones á una caneca de ginebra.

El apetito fué apareciendo en los pasajeros; quien sacaba de honda y bien surtida canasta, la gallina frita y el pan dorado, puestos á la salida por manos previsoras; quien ofrecía al corrillo, extendido sobre cubierta haciéndole rueda á copioso almuerzo, un vaso de vino clarete escanciado de llena botella recién descorchada; del sollado salían las galletas duras que, remojadas en café con leche, sabían á mazapán, y se saboreaban con delicia de gollería apetitosa; por la piquera de las cuarte-



rolas pintadas de lustroso verde, ¡cómo se extraía el agua fresca y codiciada!

El primero y segundo día fué de gaudamus. Unas bodas de Camacho el rico á bordo de «La Juanita.»

No se pensaba en el mañana; con el presente bastaba; y así con este pensar sucedió que las vituallas, ó provisiones de boca, ó como quieran llamarlas, fueron amenguando.

Comenzó el cocinero por decir con gravedad de canónigo:

«Se acabó el *arró*, y queda una *prin-guita* de manteca.»

¡No importa ---dijo un glotón--- comeremos *frijole carrero!*—así le nombran á la comida que se guisa con agua por falta de manteca.

Acabados los víveres de á bordo, se recurrió á los *encargos*, que jamás faltan en estos viajes; se entró á saco un tenate con guachinango frito; después vinieron unas latas de pastas inglesas; y así se fué dando buena cuenta de todo lo que era comestible, y que llegaba á las narices de los golosos, porque se salvaban de la comilona algunos alimentos, gracias al egoísmo de contados pasajeros, que los ocultaban para regalarse con ellos á solas cuando en la noche todos durmieran. Al cabo hubo de comerse galleta del soldado remojada en agua. . . . salada.

¡No hay víveres! Este grito dado por el grumete, desconcertó á muchos, por la cerrazón que había del rumbo de la barra.

Y para hacer más sensibles los horrores del hambre en perspectiva, un hombre, grueso y colorado, hablaba á cada trique de unos chorizos de Extremadura, y de un jamón de Westfalia, que tenía en su despensa de Tlacotalpan, y así provocaba el hambre del pasaje, condenado á abstinencia completa, sin esperanza de alcanzar indulgencia plenaria.

Ya el hambre, fatídica y atormentado-

ra, se apoderaba de todos aquellos estómagos, con apetito voraz á causa de los vomitivos que inopinadamente suministró el mareo á muchos de ellos. Pancho Vera, ante situación tan crítica, habló al pasaje de este modo:

«Como no traía á bordo víveres má que pá un día, resulta que dende ayer ejtamos engañando el hambre con galleta y agua. Horita no hay agua ni pá un buche, y de galleta. . . . ni una pá romperse las muelas. . . . Conque no queda má remedio que hacerno á la mar pá pasar la barra. . . . en los bajos hay mucha reventazón. . . . y quien sabe si la barra esté cruzada. . . . si todos me lo permiten, yo me atrevo con mi gente entrar al canal. . . . pero «La Juanita» trae una pila de pasaje. . . . vienen mujeres, y niños, y. . . .

¡Vamos á la barra!—gritaron todos.

¿Usted que opina, General?

—Aqui no soy General; soy pasajero como todos ustedes, y opino que debemos hacerle frente al peligro.

¡Qué viva el General Díaz!

¡Viva! ¡Viva!

Y por la puerta y lumbreras de la cámara salió también un viva atiplado, lanzado por las mujeres que adentro venían.

Como en toda deliberación, aquí las mujeres no tuvieron ni voz ni voto.

¡A la barra, muchachos!—grita Pancho Vera, arremangándose las mangas de la camisa, para preparar la salida.

¡Despejen la cubierta!

¡Todos al castillo de proa!

¡Tú, Cangrejo, y el Juile, al molinete, vamos.

¡A levar, muchachos!

¡Aaaó!.... ¡aaaó!.... ¡aaaó!.... ¡aaaó!....

¡Viva el General Díaz!

¡Aaaó!.... ¡aaaó!.... ¡aaaó!.... ¡aaaó!....

### III

¡Toda la gente al castillo de proa!



¡Listo el timonel!

Las señoras fueron mandadas á bajar á la cámara, y como vieran la mar embravecida, las olas furiosas, y la marinería atareada, al sepultarse entre las frágiles tablas de la cámara, comenzaron á reconocer más el peligro, y á llorar mucho el riesgo, no obstante que numeroso grupo de pasajeros pasaron también á la cámara, mientras otros se metieron en los pañoles del entrepuente.

Pocos quedaron sobre cubierta, y los que ahí quedaron, no dejaron cabo de que no se ataran, bien á los obenques, bien á los escobenes, bien á los mástiles, ó donde pudieron. El General Díaz se ciñó un cabrote á la cintura, y con él se aseguró al palo trinquete.

¡Quién viera sin dolerse á esta inconstante y débil nave, á merced de las olas con las peripecias del trabajoso y difícil camino no usado, batida y amenazada á cada paso, no tanto por la furia del viento y la perfidia de las ondas, ni de caer en las obscuridades de la noche, cuanto de engañarse de rumbo, y dar en un bajo, más fiero que la aspereza del mar, que antes intentara hacer presa en su sentenciado y miserable leño!

Sin embargo, barloventeaba bien con el trinquete y con las otras velas tomadas de sus rizos para largarlas en caso oportuno; se acercaba á la barra, dejaba burlada la asechanza de los bajos, y entraba en mayor peligro, como si su sino en esta ocasión, nunca olvidada, fuera evitar lances para encontrar otros de más alto y jamás sospechado percance.

Abajo, en la cámara, todo era confusión y espanto: los niños lloriqueaban y pedían pan; las madres gemían, rezaban, y apretaban contra sus pechos con ademán de defensa á sus hijos, cual si los resguardaran del peligro inconsciente, pero seguro; el calor era sofocante, y la obscuridad pa-

vorosa; apenas una lamparilla ahumada y oscilante, derramaba mortecinos reflejos sobre aquel conjunto hacinado de seres humanos encorralados, ¡pesa el decirlo! como fieras, en la pequeña, sucia y miserable cámara, cuyos camarotes eran nichos de muerte, y sus endebles y crugientes mamparos, tablas de presagioso ataúd! Un muchacho, hasta de catorce años, aullaba como lobezno enjaulado porque no le dejaban salir fuera; las mujeres rezaban tan fervorosamente, y con acento tan lastimero, que era muy para ablandar la dureza y obstinación de las olas, y endurecer las frágiles tablas del combatido barco; los hombres buscaban el rezo en las brumas del recuerdo, tanto más apetecido y anhelado, cuanto más escondido y guardado, y callaban empujados de aquí para allá, patullando y esparrancándose. Por las lumbreras, que empañadas con las salpicaduras del mar, parecían ojos de escafandra, penetraba tan luego una claridad tenue, como después la negrura del abismo sumergía en un caos desolado á los pasajeros: era que el barco subía presto sobre la inflexión invertible de la ola inmensa y aligera, para descender en seguida envuelta en sábanas que, á la vista espantada de los viajeros, parecían mortajas de cercana y terrible muerte. . . .

De pronto viene una ráfaga de viento y un golpe tímido de mar. . . . «La Juanita» toca fondo. . . . Crujen sus costillas del modo lastimero que una ballena herida por certero harponazo; luden las tablas, restallan las maderas, bailan los mástiles en sus fagonaduras; el barco parece descuadernarse. Aquí del terror, de la angustia, de la desolación; aquí el llorar la infeliz jornada, el maldecir de la suerte; el dolor de haber dejado seguridad tan cercana por peligro tan cierto. En la cámara eran de oír y de lastimar las locas y desenfrenadas lamentaciones de las mujeres;



que arrodilladas en el plan de la cámara, daban cabezadas á cada tumbo del barco contra los bordes de los insuficientes é incómodos camarotes, sin soltar de los labios querellantes la plegaria al punto acabada para comenzarse de nuevo. . . . «Glorifica mi alma al Señor. . . .» «Desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes....» Y seguía el rezo, y se ofrecían promesas, y se invocaban intercesiones, y se esperaban milagros; salía por una lumbrera mal cubierta un chorro de plegarias, una letanía de rezos que pasaban trémulos y suplicantes entre las blasfemias desencadenadas, azuzadas por las indomables fierezas del mar, espumarajeaban en la boca de los marineros que temían que el timón quedase en seco, y la nave zozobrase allí mismo, donde se esperaba evitar el naufragio. Allá en popa, Pancho Vera, amarrado por dos cables á los pescantes que en la trase-ra traía el barco, para que alguna oleada ne le volase, estaba inmutable, casi fiero, torvo de la mirada y rugiente del habla; aferradas las manos en la caña del timón, duro, ingobernable, esperando otro golpe de mar que arrancara el buque y lo arro- jara fuera del lecho en que se asentaba, con riesgo de levantar quilla al aire, y volcarse con el pasaje y toda la tripula- ción. . . . Pero otro hombre, frente por frente de Pancho Vera, permanecía tam- bién impassible, sereno, recibiendo sobre su cuerpo los maretazos que de banda bar- rían la cubierta y se llevaban cuanto en- contraban á su paso, como si fueran plu- mas; está callado y parece sombrío; ni im- preca ni aclama; con los ojos fijos en el timonel, y las alas de las ventanas de la nariz fuertemente hinchadas, absorbe las ráfagas frescas y salinas que azotan su ros- tro: aquel hombre es el General Díaz. Aquí no es el olor de la pólvora el que enardece su ánimo; es el acre soplo del mar furibundo que intenta poner á prue-

ba su entereza nunca vencida; no son las columnas de humo de la reñida batalla las que le envuelven, son las espumas inmacu- ladas, hirvientes, que en sus ímpetus de soberbia, arroja el mar sobre cubierta, en- volviéndola con un sudario. . . .

Del primer golpe de mar al segundo, no hubo el espacio de un minuto (que de ser más largo, no hubiera quedado alma viviente para contarlo), y por el segundo salió «La Juanita» con la rapidez de un disparo; dando bandazos y guiñadas.

En la puerta de la cámara se suceden repetidos golpes; dos marineros acuden á ella atados de sus cabos; corren la tabla que sirve de puerta sobre las ranuras por las cuales se ajusta, y aparece el mucha- cho hasta de catorce años con el pelo ri- zado, la mirada iracunda y las manos cris- padas; quiere salir fuera; uno de los mari- neros le da un fuerte puñetazo en la cabe- za, á tiempo que otro golpe de mar ban- dea de estribor y penetra, amenazante y copioso, por la abertura; cae la tabla co- rriéndose sobre las ranuras, el muchacho es arrojado de escalerilla abajo por la vio- lencia del golpe; el agua empapa la ropa de los pasajeros encerrados en la cámara; se apaga la lamparilla que oscilaba sinies- tramente alumbrando el cuadro pavoroso; se oyen lamentos y quejas, esperándose de un momento á otro el último soplo de la vida, entre las cuatro tablas viejas de la tapiada cámara. . . .

¡Esa palanca!—grita Pancho Vera.

¡Al sondeo, Cangrejo!

Cangrejo, con el cabo que pendía de su cintura, calado hasta los huesos, se amar- ró á la burda del palo trinquete y tiró el primer sondeo.

¡Doj braza larga!.... ¡Fondo duro!....

La tripulación repetía con desordenada gritería:

¡Doj braza larga! ¡Fondo duro!

Silencio, que no se oiga más que la voz



del que sondea, y que un solo marinero la corra al capitán—gritó con gravedad el general Díaz.

El del sondeo tiró el segundo palancazo:

¡La misma agua! ¡Doj braza larga!  
¡Fondo duro!

Corrida la voz, el capitán Pancho Vera siguió dirigiendo el barco con el timón.

Al tercer sondeo gritó Cangrejo: ¡No hay fondo!

Y fué tal su regocijo de verse libre ya de peligro, que agregó para manifestar su alegría: ¡Tuvo mi amo barco y mi mujer mando!

¿Qué dice?—preguntó el general Díaz.

¡Que estamos fuera de peligro!

«La Juanita» estaba en aguas del Papaloápan; había dejado los bandazos repetidos y las guiñadas continuadas; se gallardeaba con todas las velas al viento; los marineros andaban haciendo equilibrios sobre las bandas; el cocinero salió de un pañol de proa y cantaba de contento su «Morena, morena, morena. . . .»

¡A empavesar el barco! —propuso Cangrejo.

Si no hay banderas, —repuso tío Tonina.

—Parece que no le sale el miedo de la ropa, y el mareo del cuerpo —añadió Calzón aguáo, metiéndose en la conversación.— ¿Y nuestras chamarras mojáas? ¿No le parece bien á tío Tonina que tomen un cacho de viento en los obenques? Así diciendo, el marinero tomó cuantas blusas hubo á mano; unas azules con remiendos blancos, cuáles rojas, otras celestes por la frecuencia con que fueron lavadas, y en los obenques se tendieron, y en el palo trinquete se puso, donde faltaba el mastelero, una vara con la bandera de matrícula, y por la driza del mayor se izó una bandereta deslucida y vieja, con más de un agujero, y con hilachas como fleco,

pero muy majestuosamente flameando con ondulaciones coquetas de que no se curaban las blusas puestas á tomar viento como mangueras, y á pavonearse como trofeos; y para que la alegría fuera completa, salieron las mujeres de la cámara; se esparcieron los pasajeros por cubierta, lejos de cabos cautivos y de temores de muerte; y los vivas al general Díaz, y los gritos de contento de la marinería, aumentaban el regocijo y alegraban el arribo seguido de un ejército de toninas, que en graciosas zambullidas, en acrobáticos desfiles, seguían el barco y agitaban las aguas tranquilas del río. . . .

#### IV

«Es una barbaridad meter el barco con reventazón en los bajos, la barra casi cruzada, y el viento fresco.» Así decían los vecinos de Alvarado al ver aparejarse «La Juanita» con rumbo á la boca de la barra, que como dragón infernal vomitaba espu-marajos tan temibles como llamas. Y al verla cabecear locamente, unos dirigiéronse á los médanos, otros á la torre de la iglesia, y algunos echaron sus botes al agua emproándolos al lugar del peligro.

Las campanas tocaban rogaciones; las mujeres, con sus hijos en brazos, lloraban la ausencia de sus maridos; y la alegría que antes invadía los pechos, y preparaba festejos para celebrar el arribo del General Díaz, se tornaba en clamoreo desesperante, en grito de dolor, y en alarido de muerte.

A lo lejos, el espumar de las olas que se abrían como abismos, sepultando el casco miserable del barco en surcos de exterminio, para después ¡traidoras! hacer renacer la esperanza al levantar el frágil madero sobre el rebelde oleaje.

Acá, en tierra, el gentío inmenso, po-



blando el médano, arracimándose en las arboladuras de los buques, asomándose por la torre de la iglesia, cuyas campanas, lentas y tristes, tocaban á muerto. . . .

## V

—¡Ya saben, muchachos, en saltando á tierra tóos, que no falte má que el que se quede de guardia, vamos derechito á darle gracia á nuestra Virgen del Rosario!

—¡De juro!

Y nosotras también —dijeron á un tiempo las mujeres,— y recogeremos de todo el pasaje una limosna para llevarla á la Virgen.

¡Sí! ¡sí!—gritó todo el pasaje.

Las campanas que antes tocaban á rogaciones, eran echadas á vuelo; sonaba la música las notas marciales de un paso doble, estallaban los cohetes; retumbaba un cañón minúsculo en la playa, y los vivos atronaban saludando al General Díaz.

Por la plancha saltaron los pasajeros; primero D. Porfirio, con buen acompañamiento, saludando á diestra y siniestra al pueblo que lo festejaba; después las mujeres, con los cabellos en desorden, el color pálido y las ropas mojadas, y, por último, la marinería. El desfile, que pasaba por la valla que formó el inmenso gentío, se dividió en dos grupos: uno que conduciría al General Díaz al alojamiento que de an-

temano le tenían preparado, y el otro, encabezado por las mujeres, fué rumbo á la iglesia.

Cubiertas las cabezas penetraron al templo, y llegaron á ponerse de hinojos ante la Virgen del Rosario, que parecía sonreírles apaciblemente; los marineros —aquellos marineros de blasfemar iracundo, y y de jurar sin acatamiento,— á cabeza descubierta, humedecida por el agua de la tormenta, rezaban quedo; y de dentro, muy dentro, donde se guarda la oración aprendida de niño en el regazo de la madre, salió como raudal pristino, fresco, inmaculado, de tiempo atrás oculto, rompiendo el valladar rudo, la plegaria dulce, candorosa, murmujeante, que ablandaba igual á la cera pechos duros, roqueños, que no se rinden á las tormentas, ni á las borrascas se abaten. . . .

Mientras los rezos salían humildes y reverentes de labios femeninos, las campanas repicaban desatinadas, los cohetes estallaban simultáneos, la música repercutía sonante, y, sobre todo este murmullo vocinglero y estriduloso, llegaba de afuera, lento y entusiasta, rebotando en los ya sombreros muros de la iglesia, el grito formidable del pueblo que repetía: ¡Viva Porfirio Díaz! Con cuyo saludo vitoreaban al viajero salvado de las ondas y al General, futuro pacificador de nuestra República.

CAYETANO RODRÍGUEZ BELTRÁN.

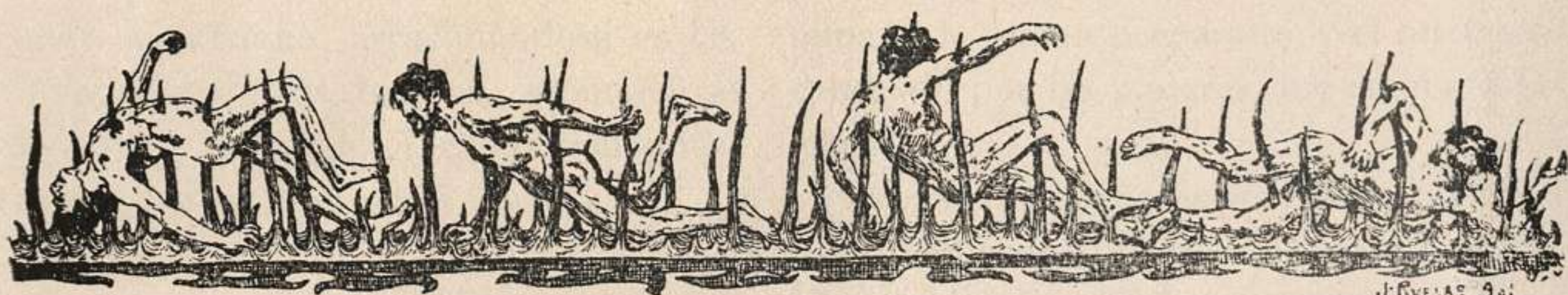






Princesa Victoria Ena de Battenberg.—Futura reina de España.





## REVISTAS

Tenemos á la vista el *Mensaje* leído por el Gobernador Constitucional del Estado de Yucatán, Lic. Don Olegario Molina, el día primero de Enero de este año, ante la Legislatura local, y el *Discurso* pronunciado por el mismo funcionario, un mes después, el día primero de Febrero, al tomar de nuevo posesión, por otro período de cuatro años, de la Magistratura de aquella entidad federativa.

En el primero de estos dos importantísimos documentos, encontramos una justificación exacta de la decisión del pueblo yucateco en reelegir, reformando para ello su legislación, á un hombre que durante el primer cuatrienio de su ejercicio supo desplegar un notable celo por la prosperidad de su tierra natal y secundar sabiamente la admirable obra del ilustre estadista que rige la República. Tan patriótica labor ha merecido, como lo sabe el país entero, la sanción del Sr. Presidente, con la visita que á aquella península acaba de hacer.

Hojeando rápidamente el *Mensaje*, vemos que la salubridad pública tuvo una asidua atención, lográndose una considerable reducción en el número de casos de viruela y de fiebre amarilla, y obteniendo, como

resultante directa de esas gestiones, un sensible aumento de la población del Estado, que, según datos estadísticos, ha ascendido á 13,999 habitantes, cifra que representa la diferencia entre el número de nacimientos y el de defunciones, sin tomarse en cuenta las altas de la población flotante y si las bajas, por mortalidad, en ella.

La instrucción pública, á la que el Señor Lic. Molina ha dedicado la mayor parte de su celo, alcanza á estas fechas un inusitado desarrollo. Además de las escuelas existentes el primero de Febrero de 1902, se han creado después, en trece Partidos del Estado, doce más, para varones, y veinticuatro para niñas; dando una totalidad de 175 escuelas para niñas, y 263 para niños, con una asistencia media de 13,134 alumnos, una matrícula de 26,134 y un presupuesto de \$563,005.87.

El ramo de mejoras materiales es el que mejor da la medida del progreso de la ciudad de Mérida y hasta de las más pequeñas poblaciones de aquel territorio.

La suma de las cantidades erogadas en él, asciende á \$1,903,075.35 centavos, invertida en obras como el Asilo Ayala, el Hospital O'Horán, la Penitenciaría Juárez,



una Escuela Modelo, un edificio destinado á la Dirección General del Registro Civil, el Paseo Montejo, la pavimentación y el desagüe, en la capital; y en casas escuelas, mercados, casas municipales, rastros, cuarteles, comisarias y reparaciones de varios edificios públicos, en los diferentes partidos del Estado.

La hacienda pública, por último, que es la base de ese adelanto sorprendente, ha marchado con bonancible regularidad. La Tesorería General, en sus balances verificados hasta el 30 de Diciembre próximo anterior, da el siguiente movimiento:

Existencia efectiva del año anterior .....	\$	807,272	55
Ingresos ordinarios.....		1,817,567	90
Impuesto extraordinario al henequén.....		1,988,834	85
Por cancelación de garantías de obras de pavimentación y desagüe.....		166,962	13
		<hr/>	
Total .....	\$	4,780,637	43

Ya se ve, pues, que el pueblo yucateco ha tenido sobrada razón para retener al Lic. Don Olegario Molina en el poder, por un periodo más. El distinguido gobernante, correspondiendo á esa nueva distinción con que lo honraron sus coterráneos, ha sabido tener frases tan llenas de patriotismo como estas que encontramos en el *Discurso* antes referido:

«Hoy se inicia otro período administrativo; y al hacer la solemne protesta que acabáis de escuchar, no puedo menos que sentirme profundamente conmovido, porque ella significa un nuevo y grave compromiso con el pueblo yucateco. Si antes el deber y la gratitud me obligaron á renunciar á la tranquilidad del hogar para contribuir con mi individual cooperación al engrandecimiento de nuestra tierra nativa, hoy esa gratitud no tiene límites, y desde el momento en que mis conciudadanos me llaman á continuar rigiendo sus destinos, dejo de pertenecerme y consagraré mi vida al servicio de la patria, procurando corresponder á la

elocuente distinción con que me ha honrado. El pueblo yucateco, rompiendo sus tradiciones, quebrantando sus costumbres y reformando hasta su legislación fundamental, me confiere de nuevo su mandato, y yo, ciudadanos Diputados, nunca encontraré, cualesquiera que sean mis esfuerzos, completamente pagada la deuda de inmensa gratitud que nuevamente me liga á el.»

\*  
\* \*

*El Presente* es un diario de la tarde, que bajo la experta dirección del conocido periodista, Lic. Juan Sánchez Azcona, hizo su aparición el día 2 de este mes.

Trae este nuevo órgano de la ya numerosa prensa diaria de México, un programa que, llevado á cabo en todas sus partes, harán de él una de las publicaciones más respetables que hayan existido, ó que existan en el país.

Sus primeros números han gustado y atraído justamente la atención, por lo que el público le ha concedido desde luego la más franca acogida.

\*  
\* \*

De la obra *Los Criminales en México*, ensayo de psicología criminal, que Don Carlos Roumagnac publicó á principios del año, dice el bibliógrafo C. Bernaldo de Quirós, en *La Lectura*, de Madrid, lo que á continuación transcribimos:

«Este libro pone las figuras á la hermosa obra de Guerrero: La génesis del crimen en México, estudio de ambiente muy acabado. Roumagnac, después de una introducción erudita y hábil, escribe 49 observaciones de criminales del país, historias clínicas donde la maestría del criminalista resalta en la manera de escrutar vidas defectuosas. El libro va ilustrado con las fotografías de los reos para la identificación, y le acompañan otros documentos interesantes (memorias,



diarios, etc., á que tan dados son algunos delincuentes). Curiosísima la observación 47. Las memorias del sujeto y, sobre todo, la nota de peligros de muerte que llevaba, si es que no denuncian un paranoico de persecución, revelan un estado de vida libre y peligrosa, que no podría hallarse en la vieja Europa, y que sería el mundo ideal, la utopia, de algunos raros criminales atrevidos, que de tarde en tarde aún resucita el atavismo.»

\* \* \*

La publicación literaria, *Letras*, de la Habana, nos trae la noticia de que los escritores cubanos Arturo R. Carricarte y Pedro Henríquez Ureña, vendrán á México, á fundar una revista mensual, que se titulará *Revista Crítica*.

\* \* \*

Revista Positiva.—Cinco años acaba de cumplir esta publicación científica, filosófica, social y política que con tanto celo dirige Agustín Aragón.

¿Es oportuna la publicación en México de un periódico del carácter de la *Revista Positiva*? Esta misma pregunta—se responde el editor—nos hicimos hace un lustro. Claro es que la contestamos afirmativamente, puesto que fundamos el periódico. Al fun-

darlo, nos dijimos: si, es oportuna la publicación con la condición de que tengamos la dosis bastante de altruismo, para sacrificar-nos; de desinterés, para trabajar sin esperanza de lucro; de independencia de carácter, para no contraer nupcias con la mentira y la adulación; de firmeza, para llevar á cabo la idea, no obstante los obstáculos y las inevitables dificultades de todo comienzo y de todo empeño en crear un núcleo.

Hoy juzgamos con mejores elementos, de la *oportunidad* de este periódico —agrega— por las cartas que de sus lectores recibimos.

\* \* \*

Con el título de *Los Lunes del Correo*, el diario de información, El Correo Nacional, de Bogotá, Colombia, ha empezado á publicar un suplemento literario, que, aunque formado en su mayor parte de reproducciones, viene á constituir una de las publicaciones más amenas, entre las innumerables que nos visitan, por lo bien seleccionado de su nutrido material.

De Junin, República Argentina, es otra revista de ciencias, industrias, artes, comercio, producción y actualidades, cuyo primer número acabamos de recibir.

Tanto su parte intelectual, como la material, son buenas, sin ser notables. Ofrece algunos fotograbados finamente ejecutados.

L. C.





que Pablo era de la religión del Cristo, no por eso habría estado mejor instruido del porvenir del cristianismo, que debía en poco tiempo desprenderse casi enteramente de las ideas de Pablo, y de los primeros hombres apostólicos. De manera, que no deteniéndose en textos litúrgicos, despojados de su sentido primitivo, y á las construcciones puramente verbales de los teólogos, se observará que San Pablo preveía menos bien el porvenir que Galión, y se supondría que el apóstol, si volviera hoy á Roma, experimentaría mayor sorpresa que el procónsul.

San Pablo, en la Roma moderna, no se reconocería sobre la columna de Marco Aurelio, como tampoco reconocería sobre la columna Trajana á su viejo enemigo Kephias. El domo de San Pedro, las estancias del Vaticano, el esplendor de las iglesias, y la pompa pontifical, todo ofuscaría sus ojos parpadeantes. En Londres, en París, en Génova, buscaría en vano á sus discípulos. No comprendería ni á los católicos ni á los reformados, que citan á porfía sus epístolas verdaderas ó supuestas. No comprendería tampoco á los espíritus emancipados de todo dogma, que fundan su opinión sobre las dos fuerzas que más desprecian y odian: la ciencia y la razón. Viendo que el hijo del hombre no ha llegado, desgarraría sus vestiduras y se cubriría de ceniza.

Hipólito Dufresne intervino:

—Sin duda, dijo, San Pablo en París ó Roma, estaría como un buho ante el sol. Le sería tan difícil comunicarse con los europeos cultivados, como á un beduino del desierto. No se reconocería á sí mismo en casa de un obispo, y no sería reconocido. Llegando á casa de un pastor suizo que se hubiera nutrido con sus escritos, lo sorprendería por la rudeza primitiva de su cristianismo. Es cierto. Pero pensad que era un semita extraño al pensamiento latino, al genio de germanos y sajones, extraño á las razas de donde salieron esos teólogos, que á fuerza de falso sentido, de contrasentidos y de insensatez, hallaron un sentido á sus epístolas falsificadas. Lo concebís en un

mundo que no era el suyo, que en ningún caso puede ser el suyo, y tal imaginación absurda hace nacer de pronto una multitud de imágenes incongruentes. Se ve, por ejemplo, ese tapicero nómada en la carroza de un cardenal, y es una diversión el considerar la facha que harían dos seres humanos de carácter tan opuesto. Si resucitáis á San Pablo, tened el buen gusto de volver á colocarlo en su raza y en su país, entre los semitas de Oriente que no han cambiado gran cosa de veinte siglos acá, y para quienes la Biblia y el Talmud, contienen toda la ciencia humana. Ponedlo entre los judíos de Damasco ó de Jerusalém. Conducidlo á la Sinagoga. Oirá sin sorpresa las enseñanzas de su maestro Gumaliel. Discutirá con los rabinos, tejerá pelo de cabra, vivirá con dátiles y un poco de arroz, observará fielmente la ley, y de súbito intentará destruirla. Será perseguidor y perseguido, verdugo y mártir con ardor igual. Los judíos de la Sinagoga procederán á su excomunión, soplando en un cuerno de cabrito, y derramando gota á gota la cera de los cirios negros en una cuba de sangre. El soportará con firmeza tan terrible ceremonia, y ejercerá en una vida penosa y sin cesar amenazada, la energía de una alma intratable. Esta vez no será conocido probablemente más que de un pequeño número de judíos sordos é ignaros. Pero aún será Pablo, y Pablo cabal.

—Es posible, dijo José Leclerc. Pero ustedes me concederán que San Pablo fué uno de los principales fundadores del cristianismo, y que habría podido facilitar á Galión algunas preciosas indicaciones sobre el gran movimiento religioso que el procónsul ignoraba totalmente.

—El que hace una religión no sabe lo que hace, replicó Langelier. Diré casi otro tanto de los que fundan las grandes instituciones humanas, órdenes monásticas, compañías de seguros, guardia nacional, bancos, «trusts,» sindicatos, academias y conservatorios, sociedades de gimnasia. . . . y conferencias. De ordinario esos establecimientos no corresponden largo tiempo á



las intenciones de sus fundadores, y llega á suceder, que se hacen enteramente opuestos. Y aun puede reconocerse, tras de largos años, algunos indicios de su primer destino. En cuanto á las religiones, al menos entre los pueblos de vida agitada, y de pensamiento móvil, se transforman sin cesar y tan completamente, de acuerdo con los sentimientos y con los intereses de sus fieles y de sus ministros, que al cabo de pocos años, nada conservan del espíritu que las creó. Los dioses cambian más que los hombres, porque tienen una forma menos precisa, y duran más tiempo. Hay algunos que, envejeciendo, se mejoran; otros se echan á perder con la edad. En menos de un siglo un dios se hace inconocible. El de los cristianos se ha transformado tal vez más completamente que otro alguno. Eso depende, sin duda, á que ha pertenecido sucesivamente á civilizaciones y á razas muy diversas, á los Latinos, á los Griegos, á los Bárbaros, á todas las naciones formadas sobre los restos del Imperio romano. Ciertamente hay distancia entre el tieso Apolo de Dédalo, al Apolo clásico del Belvédère. Mayor distancia hay entre el Cristo efebo de las Catacumbas, al Cristo ascético de nuestras catedrales. Ese personaje de la mitología cristiana, sorprende por el número y la diversidad de sus metamorfosis. Al Cristo flamígero de San Pablo, sucede desde el siglo II, el Cristo de los sinópticos, Judío pobre, vagamente comunista, que casi al instante se hace con el cuarto evangelio una especie de joven alejandrino, discípulo muy débil de los gnósticos. Y más tarde, no considerando más que los Cristos romanos, y no deteniéndose sino en los más célebres, se tuvo el Cristo dominador de Gregorio VII, el Cristo sanguinario de Santo Domingo, el Cristo jefe de bandos de Julio II, el Cristo ateo y artista de León X, el Cristo soso y atravesado de los Jesuitas, el Cristo protector del taller, defensor del capital, y adversario del socialismo que florece bajo el pontificado de León XIII, y que reina todavía. A todos esos Cristos, que nada más que el nombre tienen de común, San Pablo no los

preveía. En el fondo no sabía más que Galión sobre el futuro dios.

—Exageráis, dijo Mr. Goubin, que no gustaba de la exageración en ningún sentido.

Giacomo Boni, que venera los libros sagrados de todos los pueblos, hizo observar entonces, que el error de Galión, que el error de los filósofos y de los historiadores romanos, fué el ignorar los libros sagrados de los judíos.

Mejor instruidos, dijo, los Romanos no habrían guardado injustas prevenciones contra la religión de Israel; y como dice vuestro Renan, en esas cuestiones que interesaban á la humanidad entera, una poca de buena voluntad y una información mejor habrían quizás evitado faltas de inteligencia terribles. No faltaban los Judíos instruidos, como Philón, para explicar la ley de Moisés á los Romanos, si éstos hubieran tenido el espíritu más amplio y un presentimiento más justo del porvenir. Los Romanos resentían ante el pensamiento asiático disgusto y terror. Si tenían razón para temerlo, no la tenían para despreciarlo. Despreciar un peligro es gran tontera. Tratando como imaginaciones criminales é impiedades populares las religiones sirias, no tuvo Galión clarividencia.

—Y cómo los Judíos helenizantes hubieran podido instruir á los Romanos de lo que ellos mismos ignoraban? preguntó Langeier. Cómo un Philon tan honrado, tan sabio, pero de tan cortos alcances les habría revelado el pensamiento obscuro, confuso y fecundo de Israel, que él mismo no conocía? Qué hubiera enseñado á Galión tocante á la fe de los Judíos, sino frivolidades literarias? Le habría expuesto que la doctrina de Moisés está conforme con la filosofía de Platón. Entonces, como siempre, los hombres cultivados no tenían ninguna idea de lo que pasaba en el espíritu de las multitudes. Las turbas ignorantes son las que siempre crean á los dioses á despecho de los letrados.

Uno de los hechos más extraños y más considerables de la historia, es la conquista



del mundo por el dios de un poblado Sirio, es la victoria de Yaveh sobre todos los dioses de Roma, Grecia, Asia y Egipto. Jesús no fué, en suma, más que un nahi, y el último de los profetas de Israel. Nada se sabe de él. No conocemos ni su vida ni su muerte, pues los evangelistas no son biógrafos en manera alguna. Y las ideas morales que han sido puestas á su nombre, provienen, en realidad, de la multitud de iluminados que profetizaban en tiempo de los Herodes.

Lo que se llama el triunfo del cristianismo es más exactamente el triunfo del judaísmo, y fué en Israel en quien recayó el singular privilegio de dar un dios al mundo. Hay que reconocer que Yaveh merecía por muchos motivos su repentina elevación. Era cuando llegó al imperio el mejor de los dioses. Había comenzado muy mal. Puede decirse de él, lo que los historiadores dicen de Augusto, que se suaviza con la edad. En la época en que los Israelitas se establecieron en la tierra prometida, Gaveh era estúpido, feroz, ignaro, cruel, grosero, el más bestial y el más malo de los dioses. Pero bajo la influencia de los profetas cambió de todo á todo. Cesó de ser conservador y formalista y se convirtió á las ideas pacíficas, á los sueños de justicia. Su pueblo era miserable y sintió una piedad profunda por todos los miserables. Y aunque en el fondo se mantuviera muy judío y muy patriota, haciéndose revolucionario, llegó á ser por fuerza internacional. Constituyóse el defensor de los humildes y de los oprimidos. Tuvo uno de esos pensamientos simples por los cuales se conquista al mundo. Anunció la felicidad universal, el advenimiento de un Mecías bienhechor y pacificador. Su profeta Isaías le insufló sobre ese admirable tema, palabras de una poesía deliciosa y de una invencible dulzura: «La casa de Gaveh se establecerá sobre la cumbre de las montañas y se levantará por encima de las colinas.» Entonces todas las naciones irán allí; los innumerables pueblos la visitarán, diciendo: «Subamos á la montaña de Yaveh, á la casa de Dios de Jacob, á fin de

que nos enseñe sus caminos y de que marchemos por sus senderos. Pues de Sión saldrá la ley y de Jerusalém la palabra de Yaveh. Juzgará entre las naciones; juzgará entre los pueblos innumerables. Con sus espadas forjarán azadas y hoces con sus lanzas. Entonces el lobo habitará con el cordero. El leoncillo y las ovejas estarán juntos y un niño los conducirá. . . . » En el Imperio romano, el dios de los Judíos trabajaba en la conquista de las clases laboriosas y en la revolución social. Se dirigía á los desgraciados. Ahora, en tiempo de Tiberio y de Claudio, había en el Imperio infinitamente más desgraciados que dichosos. Había multitudes de esclavos. Un solo hombre poseía hasta diez mil. Esos eran en su mayor parte enteramente miserables. Ni Júpiter, ni Juno, ni los Diósemos se ocupaban de ellos. Los dioses latinos no los compadecían. Eran los dioses de sus amos. Cuando un dios vino de Judea que escuchaba las quejas de los humildes, los humildes lo adoraron. Así la religión de Israel fué la religión del mundo romano. He aquí lo que ni San Pablo ni Philón podían explicar al prócsul de Acaña, porque no veían claramente. He aquí lo que Galión no podía descubrir. Sin embargo, sentía que el reino de Júpiter estaba cercano á su término y anunciaba el advenimiento de un dios mejor. Por amor á las antigüedades nacionales, tomaba á este dios del Olimpo greco-latino; lo escogía de la sangre de Júpiter, por sentimiento aristocrático. Fué así como designó á Hércules en lugar de Yaveh.

—Por eso, dijo José Leclerc, confesará usted que Galión se engañaba.

—Menos de lo que usted cree, respondió Langelier sonriendo. Yaveh ó Hércules, poco importaba. Creedlo: el hijo de Alcuréne no habría gobernado al mundo de otra manera que el padre de Jesús. Por muy olímpico que fuese, le hubiera sido preciso convertirse en el dios de los esclavos y tomar el espíritu religioso de los tiempos nuevos. Los dioses se conforman exactamente á los sentimientos de sus adoradores: tienen razones para ello. Y poned cuidado. El es



píritu que favorecía el advenimiento á Roma del dios de Israel, no era solamente el espíritu popular, era también el de los filósofos. Eran entonces casi todos estoicos y creían en un dios único, para el cual había trabajado Platón, y que no se relacionaba por ningún lazo de familia ni de amistad con los dioses de forma humana de la Grecia y de Roma. Ese dios, por su carácter de infinito, se asemejaba al dios de los Judíos. Séneca y Epicreto que lo veneraban, hubieran sido los primeros en sorprenderse de la semejanza si se les hubiera puesto en estado de hacer la comparación. Sin embargo, habían contribuido mucho por sí mismos para hacer aceptable el austero monoteísmo de los judíos cristianos. Había gran distancia, sin duda, de la fiereza estoica á la humildad cristiana; pero la moral de Séneca, por su tristeza y su desprecio de la naturaleza, preparaba la moral evangélica. Los estoicos estaban en contra de la vida y de la belleza; esa ruptura que se atribuyó al cristianismo, fué comenzada por los filósofos. Dos siglos más tarde, en la época de Constantino, los paganos y los cristianos tendrían, puede decirse, una misma moral y una misma filosofía. El Emperador Juliano, que restableció la vieja religión del Imperio, abolida por Constantino el apóstata, pasa con razón por un adversario del Galileo. Y cuando se leen los pequeños tratados de Juliano, llama la atención la cantidad de ideas que este enemigo de los cristianos posee en común con ellos. Como ellos, es monoteísta; como ellos, cree en los méritos de la abstinencia, del ayuno y de las mortificaciones; como ellos, desprecia los placeres carnales, y piensa hacerse agradable á los dioses, no acercándose á las mujeres; en fin, lleva el sentimiento cristiano hasta felicitarse de tener la barba sucia y las uñas negras. El emperador Juliano tenía, con corta diferencia, la misma moral que San Gregorio de Nizancio. Pero nada de eso dejaba de ser natural y ordinario. Las transformaciones de las costumbres y de las ideas, nunca son repentinas. Los más grandes cambios de la vida social se producen insen-

siblemente y no se ven sino á distancia. Los que los atraviesan no los sospechan. El cristianismo no se estableció sino cuando el estado de las costumbres se acomodó á él, y que él mismo se acomodó al estado de las costumbres. No pudo substituirse al paganismo, sino en el instante en que el paganismo llegó á asemejarse y en que él se asemejó al paganismo.

—Pongamos, dijo José Leclerc, que ni San Pablo, ni Galión, leyeran en el porvenir. Nadie lee. No fué uno de vuestros amigos quien dijo: «El porvenir está oculto aun para aquellos que lo hacen?»

—Nuestro conocimiento de lo que será, prosiguió Langelier, está en razón de nuestro conocimiento de lo que es y de lo que fué. La ciencia es profética. Mientras más exacta es una ciencia, mejor pueden hacerse exactas profecías. Las matemáticas, á las que sólo pertenece la entera exactitud, comunican una parte de su precisión á las ciencias que proceden de ellas. Así se hacen, por medio de la astronomía matemática y de la química, predicciones ciertas. Podéis calcular los eclipses por millones de años sin temor de que nuestros cálculos sean falsos, mientras el sol, la luna y la tierra estén en las mismas relaciones de masa y de distancia. Podéis también preveer que esas relaciones cambien en un porvenir muy lejano. Pues se funda sobre la mecánica celeste esa profecía más, que el astro de los cuernos de plata no trazará eternamente el mismo círculo alrededor de nuestro globo, y que causas que obran actualmente, á fuerza de repetirse cambiarán su curso. Podéis anunciar que el sol se hará sombrío y no levantará sobre nuestros océanos helados más que un enjuto globo. A menos que de aquí á entonces no le lleguen nuevos alimentos, lo que es bien posible, pues es capaz de atrapar enjambres de asteroides como moscas una araña. Podéis anunciar, sin embargo, que se extinguirá y que las figuras dislocadas de las constelaciones se borrarán punto por punto en el negro espacio. Pero, qué es la muerte de una estrella? El desvanecimiento de una



chispa. Que todos los astros del cielo se extingan como se secan las hierbas de la pradera, qué importa á la vida universal, en tanto que los elementos, infinitamente pequeños que la componen, guarden en sí el poder que hace y deshace los mundos! Podéis predecir un fin más completo del universo, el fin del átomo, la disociación de los últimos elementos de la materia, los tiempos en que el protelo, la nislela informe, haya reconquistado sobre la ruina de todas las cosas su imperio ilimitado. Y eso no será más que un tiempo en la respiración de Dios. Todo volverá á comenzar.

Renacerán los mundos; renacerán para morir. La vida y la muerte se sucederán eternamente. En lo infinito del espacio y del tiempo se realizarán todas las combinaciones posibles, y nos encontraremos de nuevo sentados á la vera del Forum en ruinas. Pero puesto que no sabemos que somos nosotros, no seremos nosotros.

El Sr. Goubin limpió los vidrios de sus lentes.

—Son esas, ideas desesperantes, dijo.

—Qué espera usted, pues, señor Goubin, preguntó Nicolas Langelier, y qué tenemos que hacer para colmar nuestros deseos? Pretendéis guardar de vos mismo y del mundo una conciencia eterna? Por qué quereis acordaros siempre de que sois el señor Goubin? No os lo oculto: el universo actual que no está cerca de su fin, no parece adecuado para satisfaceros á ese respecto. No esperéis tampoco de los siguientes, que sin duda serán del mismo género. Sin embargo, no perdáis toda esperanza. Es posible que, después de una sucesión indefinida de universos, renazcáis, señor Goubin, con el recuerdo exacto de vuestras existencias anteriores. Renán decía, que era una probabilidad que se arresgaba y que en todo caso, por tarde que llegara, no se haría esperar. Las sucesiones de universos se cumplirán para nosotros en menos de un segundo. El tiempo no transcurre para los muertos.

—Conoce usted, preguntó Hipólito Dufresne, los ensueños astronómicos de Blanqui? El viejo Blanqui, prisionero en el

Mont-Saint-Michel, no veía más que un pedazo de cielo por su ventana tapiada, y no tenía más vecinos que los astros. Se hizo astrónomo, y fundó sobre la unidad de la materia y las leyes que la gobiernan, una extraña teoría de la identidad de los mundos. He leído una memoria de unas sesenta páginas, en que expone que la forma y la vida se desarrollan exactamente de la misma manera en un gran número de mundos. Según él, una multitud de soles, en todo semejantes al nuestro, han alumbrado, alumbran ó alumbrarán planetas enteramente semejantes á los planetas de nuestro sistema. Existieron, existen, existirán hasta el infinito, Venus, Martes, Saturnos, otros Júpiter en todo semejantes á nuestro Saturno, á nuestro Marte, á nuestra Venus, tierras en todo semejantes á nuestra tierra. Esas tierras producen exactamente lo que produce nuestra tierra, y llevan plantas, animales, hombres, enteramente parecidos á las plantas, á los animales, á los hombres terrestres. La evolución de la vida es idéntica á la evolución de la vida sobre nuestro globo. En consecuencia, pensaba el viejo prisionero, hubo, hay, habrá en el espacio, miriadas de Mont-Saint-Michel conteniendo cada uno un Blanqui.

—No sabemos gran cosa de los mundos cuyos soles brillan sobre nuestras noches, continuó Langelier. Vemos, sin embargo, que, sometidos á las mismas leyes mecánicas y químicas, difieren del nuestro y difieren entre ellos en extensión y en forma, y que las substancias que se queman no están repartidas entre todos en las mismas proporciones. Esas diferencias deben producir infinidad de otras que no sospechamos. Basta con un guijarro para cambiar la suerte de un imperio. Pero quién sabe? quizá el Sr. Goubin, múltiple y diseminado en miriadas de mundos, limpió, limpia y limpiará infinita y eternamente los vidrios de sus anteojos.

José Leclerc no dejó á sus amigos extenderse más en ensueños astronómicos.

—Me parece, como el Sr. Goubin dijo, que todo eso sería desolador, si no estuvie-



ra muy lejos de nosotros para interesarnos. Lo que nos interesa vivamente, lo que nos causa curiosidad conocer, es la suerte de los que vengan á este mundo en seguida de nosotros.

—Sin duda, dijo Langelier, la sucesión de los universos no nos inspira más que un torvo asombro. Abrazaríamos con una mirada más fraternal y más amiga, el porvenir de la civilización y el destino próximo de nuestros semejantes. Mientras más próximo está el porvenir, más resultamos conmovidos. Por desgracia, las ciencias morales y políticas son inexactas y llenas de incertidumbre. De la evolución humana, conocen mal los desarrollos ya efectuados y no pueden, por tanto, instruirnos muy seguramente de los desarrollos que quedan por consumarse. No teniendo memoria, tampoco tienen presentimiento. Por eso es por lo que los espíritus científicos experimentan una invencible repugnancia en intentar investigaciones cuya variedad conocen, y no se atreven siquiera á manifestar una curiosidad que en nada esperan satisfacer. De buena gana se proponen investigar lo que sucedería si los hombres fuesen mejores. Platón, Thomas Morus, Campanello, Fenelon, Cabet, Paul Adam, reconstruyen su propia ciudad en Atlántida, en la Isla de Utopia, en el Sol, en Salento, en Icaria, en Malasia, y establecen una policía abstracta. Otros, como el filósofo Sebastián Mercier, y el socialista poeta William Morris, penetran en un lejano porvenir. Pero se habrían llevado su moral con ellos. Descubren una nueva Atlántida, y es la ciudad del ensueño la que construyen armoniosamente. Citaré aún á Mauricio Spronck? Nos muestra la República francesa conquistada en el año 230 de su fundación por los marroquíes. Pero es para inducirnos á entregar el gobierno á los conservadores, que juzga los únicos capaces de conjurar tamaño desastre. Entretanto, Camilo Manclair, confiando más en la humanidad futura, lee en el porvenir la defensa victoriosa de la Europa socialista contra el Asia musulmana. Con mas razón teme á los rusos. Refiere en su «Historia de cuatro

años» la fundación en 2001 de los Estados Unidos de Europa. Pero quiere, sobre todo, mostrarnos que el equilibrio moral de los pueblos es inestable, y que basta quizás con una facilidad introducida violentamente en las condiciones de la existencia para desencadenar sobre una multitud de hombres las plagas peores y las más crueles miserias.

Raros son los que han intentado conocer el porvenir por mera curiosidad, sin intención moral ni deseos optimistas. No conozco más que á H. G. Wells, que viajando en las edades futuras, haya descubierto á la humanidad un fin que no le deseaba, según toda apariencia; pues es una dura solución de las cuestiones sociales, el establecimiento de un proletariado antropófago, y de una aristocracia comestible. Y tal es la suerte que H. G. Wells asigna á nuestros últimos descendientes. Todos los demás profetas de quienes tengo conocimiento se limitan á confiar á los siglos futuros la realización de sus sueños. No nos descubren el porvenir; lo conjuran.

La verdad es que los hombres no ven, sin espanto, tan lejos ante ellos. Muchas estiman que una investigación semejante no es solamente inútil, sino que es mala; y los que creen más fácilmente que se descubren las cosas futuras, son los que más temerían descubrirlas. Hay, sin duda, profundas razones para producir ese temor. Todas las morales, todas las religiones llevan una revelación del destino humano. Que lo confiesen ó se lo oculten á sí mismos, los hombres, en su mayor parte, temerían verificar esas revelaciones augustas y descubrir el caos de sus esperanzas. Están acostumbrados á soportar la idea de las costumbres más diferentes á las suyas, cuando esas costumbres están sumergidas en el pasado. Entonces se felicitan de los progresos de la moral; pero como su moral está regulada en sumo por sus costumbres ó cuando menos por la que dejan ver, no se atreven á confesar que la moral que hasta con ellos ha cambiado sin cesar con las costumbres, cambiará aun después de ellos, y que los hombres futuros podrán formarse una idea muy distinta de



la suya, de lo que está permitido y de lo que no lo está. Mucho les costaría reconocer que tienen virtudes transitorias y dioses caducos.

Y aunque el pasado les muestre derechos y deberes sin cesar movibles y cambiantes, se creerían engañados si previeran que la humanidad futura se formaría otros derechos, otros deberes y otros dioses. En fin, tienen miedo á deshonrarse á los ojos de sus contemporáneos, asumiendo esa horrible inmoralidad que es la moral futura. Son esos obstáculos para investigar el porvenir. Ved á Galión y á sus amigos; no se hubieran atrevido á preveer la igualdad de clases en el matrimonio, la supresión de la esclavitud, las derrotas de las legiones, la caída del Imperio, el fin de Roma, ni aun la muerte de los dioses, en los que ya no creían.

—Es posible, dijo José Leclerc, pero vamos á comer.

Y dejando el Forum que la luna bañaba con su claridad tranquila, llegaron, por las calles populosas de la ciudad, á una taberna módica y afamada de la vía Condotti.

#### IV

La sala era reducida y estaba tapizada con ahumado papel que databa del pontificado de Pío IX. Viejas litografías colgaban del muro donde se veía al signor Cavour, con sus anteojos de carey y su collar de barba, el rostro leonino de Garibaldi y los bigotes espantosos de Víctor Manuel, reunión clásica de los símbolos de la revolución y de la autoridad combinados, testimonio popular del genio italiano, que excede en las juxtaposiciones, y entre quien, en nuestros días y en Roma, con un sentido exquisito de la política y no sin cierto gusto de fina comedia, el Papa fulminante y el rey excomulgado, cambiaban cada mañana cumplimientos de vecindad. Calderas de plaqué y vasos de alabastro, cargaban el mostrador de caoba. La casa afectaba ese desdén por las novedades que conviene á los viejos nombres.

Allí, ante los frascos de vino de Chianti, alrededor de una mesa coronada de rosas, los cinco continuaron conversando sobre asuntos filosóficos.

—Es cierto, dijo Nicolás Langelier, que á muchos les falta el corazón cuando su mirada encuentra el abismo de las cosas futuras. Es cierto, además, que nuestro conocimiento muy imperfecto de los hechos consumados, no nos ofrece los elementos necesarios para la determinación exacta de los hechos que deben efectuarse. Pero, en fin, puesto que el pasado de las sociedades humanas nos es conocido en algunas de sus partes, el porvenir de esas sociedades, continuación y consecuencia de su pasado, no nos es enteramente desconocido. No nos es imposible observar ciertos fenómenos sociales, y definir según las condiciones en las cuales se han ya producido, las condiciones en las cuales se producirán aún. No nos está vedado, viendo comenzar un orden de hechos, compararlo con otro orden pretérito de hechos análogos, induciendo de la conclusión del segundo, un final semejante del primero. Por ejemplo: observando que las formas del trabajo son mudables, que á los esclavos han sucedido los siervos, y á éstos los asalariados, se debe preveer una nueva forma de la producción; haciendo constar que el capital industrial se ha substituido hace sólo un siglo, á la pequeña propiedad artesana y rural, está uno impulsado á investigar la forma que debe substituir al capital; estudiando la manera como se ha operado el rescate de los cargos y de las servidumbres feudales, se concibe cómo podría operarse un día el rescate de los medios de producción, hoy constituidos en propiedad privada. Estudiando los grandes servicios de Estado que actualmente funcionan, se forma uno la idea de lo que más tarde podrán ser las modas socialistas de producción, y cuando se haya interrogado de esta manera al presente y al pasado de la industria humana, sobre un gran número de asuntos, se decidirá sobre las probabilidades á falta de certidumbres, si el colectivismo se realizará algún día, no porque sea



justo, pues no hay ninguna razón para creer en el triunfo de la justicia, sino porque es la continuación necesaria del presente estado, y la consecuencia fatal de la evolución capitalista.

Tomemos otro ejemplo, si queréis: tenemos alguna experiencia de la vida y de la muerte de las religiones. El fin del politeísmo romano, en particular, nos es bien conocido. Según este fin lamentable, podemos figurarnos el del cristianismo, cuya decadencia contemplamos.

Puede investigarse de la misma manera si la humanidad futura será belicosa ó pacífica.

—Me siento curioso por conocer cómo habría que manejarse, dijo José Leclerc.

El Sr. Goubin meneó la cabeza.

—Esa investigación es inútil. De antemano sabemos el resultado. La guerra durará tanto como el mundo.

—Nada lo prueba, replicó Langelier, y la consideración del pasado autoriza á creer, al contrario, que la guerra no es una de las condiciones esenciales de la vida social.

Y Langelier, esperando la *minestra* que tardaba en llegar, desarrolló esta idea, sin apartarse, sin embargo, de la sobriedad habitual á su espíritu.

—A pesar de que las primeras épocas de la raza humana, dijo, se pierdan para nosotros en una obscuridad impenetrable, es cierto que los hombres no siempre fueron belicosos. No lo eran durante esas largas edades de la vida pastoral, cuyo recuerdo subsiste solamente en un pequeño número de palabras comunes á todas las lenguas indo-europeas, y que revelan inocentes costumbres. Y tenemos razones para creer que esos siglos tranquilos de pastores, han sido de mayor duración que las épocas agrícolas, industriales y comerciales, que viniendo después por un necesario progreso, determinaron entre las tribus y los pueblos un estado de guerra casi constante.

Fué por medio de las armas como procuraron más á menudo adquirir bienes, tierras, mujeres, esclavos, bestias. Las guerras, al principio, se hicieron de aldea á al-

dea. Después, los vencidos, uniéndose á los vencedores, formaron una nación, y las guerras se hicieron de pueblo á pueblo. Cada uno de esos pueblos, para conservar las riquezas adquiridas ó procurarse nuevas, disputaba á los pueblos vecinos los lugares más fuertes, de lo alto de los cuales podían dominar los caminos, los desfiladeros de las montañas, la corriente de los ríos, la ribera de los mares.

En fin, los pueblos formaron confederaciones y contrajeron alianzas. Así los grupos de hombres de más en más vastos, en lugar de disputarse los bienes de la tierra, hicieron el cambio regular. La comunidad de los sentimientos y de los intereses se ensanchó. Roma, un día, creyó haberla extendido sobre el mundo entero. Augusto creyó abrir la era de la paz universal.

Es sabido cómo tal ilusión fué lenta y cruelmente disipada, y que olas de bárbaros inundaron la paz romana. Esos bárbaros establecidos en el Imperio, se degollaron unos á otros durante catorce siglos sobre sus ruinas, y fundaron por la carnicería sangrientas patrias. Tal fué la vida de los pueblos en la edad media, y la constitución de las grandes monarquías europeas.

Entonces el estado de guerra era el único posible, el único concebible. Todas las fuerzas de las sociedades no estaban organizadas sino para sostenerlo.

Si el despertar de las ideas, cuando el Renacimiento, permitió á algunos raros espíritus imaginar relaciones mejor arregladas entre los pueblos, al mismo tiempo el ardor de inventar y la sed de conocer, proporcionaron al instinto guerrero nuevos alimentos. El descubrimiento de las Indias Occidentales, las exploraciones de Africa, la navegación del Océano Pacífico, abrieron á la actividad de los europeos inmensos territorios. Los reinos blancos se disputaron la exterminación de las razas rojas, amarillas y negras, y se encarnizaron, durante cuatro siglos, en el saqueo de las tres grandes partes del mundo. Eso es lo que se llama la civilización moderna.

Durante esta sucesión no interrumpida de